Luis María Lizarraga

CARTAS PEDAGÓGICAS

Libro: Cartas Pedagógicas
Autor: Luis Maria Lizarraga SM
pp.: 143 – Madrid enero, 1996

Cartas Pedagógicas

@ Luis Maria Lizarraga, SM - Madrid, enero 1996
@ Servicio de Publicaciones Marianistas - Madrid, enero 1996
Diseño de portada: José Eizaguirre, SM
ISBN: 84-348-4818-X
Deposito legal: M-43429-1995
Imprenta SM - Joaquín Turina, 39 - 28044 Madrid
Impreso en España - Printed in Spain

Índice

Presentación

Carta n.°

1. *La acción educativa personalizada*
2. *La educación integral*
3. *Educar en y para la libertad*
4. *Un colegio marianista*
5. *El espíritu de familia*
6. *El respeto al alumna*
7. *La capacidad* de *adaptación*
8. *La autoridad educativa*
9. *El amor a la verdad*
10. *Autocrítica evaluativa*
11. *Relación educativa*
12. *Aprender y enseñar a dialogar*
13. *El verdadero dialogo*
14. *Guillermo José Chaminade*
15. *¿Qué valores queremos transmitir?*
16. *Nueva pedagogía* de *valores*
17. *La atención educativa*
18. *El ejemplo* de *Maria*
19. *La tutoría*
20. *Comienzo* de *curso*
21. *Pedagogía activa*
22. *El deseo de aprender y de progresar*
23. *Relación personal profesor-alumno*

24. *Amor efectivo al alumno*
25. *Conocer la realidad juvenil*
26. *Alternativa para una educación valida, hoy*
27. *Transmisión de valores importantes*
28. *Características de los jóvenes, hoy*
29. *La educación en y para la libertad*
30. *La verdadera educación en la libertad*
31. *Educación en el amor a la verdad*
32. *Dignificar y respetar a la persona*
33. *La libertad de superación*
34. *La libertad es una conquista personal*
35. *La autoridad en revisión*
36. *Valor de la autoridad en educación*
37. *Los católicos y la educación en España, hoy*
38. *Educar para la libertad y el amor*
39. *La verdad os hará libres*
40. *La personalización educativa*
41. *La personalización*
42. *Dejar ser*
43. *Dejarse poseer par la verdad*
44. *Educar desde la verdad*
45. *La autoestima*
46. *La felicidad*
47. *Dar sentido a la vida*
48. *Educar al hombre*
49. *El rendimiento escolar*
50. *Saber escucha*
51. *Educar en la autodisciplina*

52. *El consumismo*
53. *La familia*
54. *El erotismo ambiental*
55. *El deporte*
56. *Educar-educarse*
57. *Educar para amar*
índice temático

Presentación

Este libro es la recopilación de las cartas que dirigí mensualmente a todos los profesores del Colegio Nuestra Señora del Pilar, de Valencia, durante los seis cursos en los que fui director del mismo. La finalidad era muy sencilla: alimentar la ilusión educadora del claustro de profesores.

La educación es una profesión para quien le gusta. El educador debe ir reformulando permanentemente sus criterios y métodos pedagógicos. Con estas cartas no pretendí elaborar un tratado de pedagogía, sino que fueron, mas bien, apuntes de la experiencia y de lecturas realizadas. Especialmente me base en algunos libros de la tradición marianista en educación.

Pretendí ser estímulo para educar mejor, para inquietar y avivar el proceso de formación de quienes tienen la responsabilidad de educar.

> "No hay más que un camino para el progreso en la educación, como en todas las cosas humanas, y es el de la ciencia guiada par el amor. Sin ciencia, el amor es impotente; sin amor, la ciencia es destructiva" (Bertrand Russell).

Amor y ciencia, pedagogía y didáctica, vocación y profesión deben estar inseparablemente unidos en todo docente-educador. La profesión de enseñante alcanza su máxima plenitud y realización cuando quien la ejerce se hace consciente de que también es educador de personas.

He querido mantener la frescura de la primera redacción, sin cambios importantes posteriores, para conservar el sentido que tuvieron estas cartas en su momento. No pretenden ser una teoría pedagógica fría, sino la expresión cálida de un compañero, preocupado e ilusionado par el quehacer educativo en su misión de director de un colegio.

Fue el mismo claustro el que me animó a escribir estas CARTAS: un claustro muy rico en valores personales, docentes y vocacionales educativos. A ellos, mi agradecimiento por el permanente estímulo que siempre me ofrecieron.

LUIS MARÍA LIZÁRRAGA, SM

Carta nº 1

La acción educativa personalizada

Dice el *ideario de los colegios marianistas* de la Provincia de Zaragoza que "nuestra acción educativa tiene como objetivo principal la educación progresiva e integral de la persona en todos sus aspectos" (nº 6). Y uno de los rasgos específicos de la pedagogía marianista es "el respeto y la atención singular a la personalidad de cada alumno" (n.º 9). No hay educación verdadera y válida si no existe una *acción educativa personalizada.* La educación, además de ser un proceso de asimilación cultural y moral, es al mismo tiempo un proceso de configuración personal. Ambos procesos deben ir conjugados y relacionados.

El educador, aun sin quererlo, actúa sobre el educando y le ayuda a incorporarse plenamente al mundo de los adultos: lenguaje, criterios de valoración, normas de conducta, formas sociales. Todo este proceso se realiza poco a poco, teniendo siempre en cuenta la evolución somática, psíquica y social del muchacho. Así es como el alumno se va haciendo paulatinamente semejante a los que le educan.

El educador nunca debe olvidar que la educación es un proceso de separación individual y personal. Lo que hay que conseguir es que el educando desarrolle y haga efectivas sus propias posibilidades, que vaya neutralizando sus propias limitaciones, que descubra los tipos de actividad mas acordes con sus características propias, es decir, que vaya configurando su propia personalidad.

Con frecuencia, los educadores comprendemos bien que la educación es un proceso de asimilación cultural, pero nos es mas difícil comprender que debemos ser respetuosos con cada individualidad, y que debemos ayudar al alumno en su proceso de configuración de la personalidad. Lo mismo que a los educadores les sucede a los padres.

La gran tentación del educador, maestro o padre, es aspirar a que los alumnos o hijos piensen como ellos piensan, actúen como ellos actúan, sean como ellos son. Es un grave error pedagógico hacer al educando a nuestra imagen y semejanza. Educar es "dejar ser" al otro, ayudarle a que sea él.

El educador pasa por uno de los momentos mas penosos cuando se da cuenta de que el alumno o hijo comienza a escapar de su tutela, no se deja guiar, quiere ser el mismo. Aceptar esta situación, que no siempre hay que acatar, supone un esfuerzo por parte del educador.

Nunca hay que olvidar el carácter singular de cada persona, si se quiere colaborar en la configuración personal del individuo. La familia y el colegio deben estimular al muchacho para que desarrolle sus capacidades y haga efectiva su libertad personal, es decir, su personalidad.

Por dificultades de organización, la actividad escolar corre el peligro de fijar los objetivos educativos apoyándose en la homogeneidad de los educandos. Homogeneidad construida por cada grupo o clase dentro del colegio. Es un grave error creer que, porque tienen la misma edad, son homogéneos e iguales. La atención diversificada y la diversificación del currículo es uno de los retos mas importantes pedagógico-didácticos en educación. No se trata solo de diferencias de aptitudes y de rendimiento escolar; a ello se une la diferencia en el campo de los intereses, de la emotividad, del desarrollo efectivo y del proceso de maduración personal.

De todo lo dicho se derivan dos consecuencias pedagógicas. Si queremos que el colegio sea configurador de la personalidad del muchacho, es preciso que este atento a estas diferencias y las conozca; y que el estímulo educativo atienda esas diferencias personales en su desarrollo.

Individualizar en educación es:

- ayudar a cada uno a aceptarse como es;
- compensar al menos dotado, cuidando preferentemente al más débil;
- no tratar a todos por igual;
- exigir a cada uno desde el baremo de su situación peculiar; . escuchar a cada uno con el mismo interés que a todos los demás;
- responder a cada uno a sus preguntas;
- acoger a cada uno sin que nadie quede fuera.

Carta nº 2

La educación integral

La consecución de los objetivos educativos en un colegio es tarea de todo el equipo de profesores; es un clima, una forma de actuar y de relacionarse con el educando. La educación no es principalmente acción de *estrellas fugaces,* de *ideas geniales,* de *estudios técnicos...,* sino trabajo de un equipo, de una comunidad que converge en el niño. Lógicamente ello exige una estrecha colaboración con la familia, para conseguir una mayor comprensión de aspectos complementarios del muchacho en casa y en el colegio. Quien educa es la comunidad, y se educa para una mejor participación en la vida de relación comunitaria.

El colegio y la familia deben actuar y educar apoyándose en la consideración del ser humano como persona, no como un organismo que reacciona ante los estímulos y presiones del medio ambiente social. El ambiente y la sociedad también educan, y su influencia es muy grande, pero educan como un núrnero en la masa. No personalizan. La verdadera educación personalizada e integral destaca siempre a un sujeto de entre una masa, de entre un conjunto.

El P. Domingo Lázaro, marianista, decía que "el alumno no es un vaso que se llena, sino un fuego que se enciende. Hay que fomentar, para ello, el cultivo de la iniciativa, de la responsabilidad y de la solidaridad. No se trata de hacer de los alumnos autómatas exactos, sino que hay que ver en cada uno una personalidad singular.

Una educación atenta al desarrollo de la personalidad de cada uno es una *educación integral,* lo cual no significa una suma de actuaciones educativas, sino un enriquecimiento y unificación del ser y de la vida humana personal.

La expresión tan actual de *educación integral* suele ser, muchas veces, frívolamente interpretada. Se suele concebir como una suma de educación intelectual, educación moral, educación física. La educación integral verdadera es una educación que arranca de la unidad del hombre, de su personalidad. El hombre integra no es un conglomerado de actividades diversas, sino un ser capaz de poner su sello personal en las diferentes manifestaciones de su vida. El hombre integra es el

hombre que posee una personalidad madura.

Éste es el sentido que tiene la expresión de nuestro Ideario: "Nuestra acción educativa tiene como objetivo principal la educación progresiva e integral de la persona en todos sus aspectos" (n.º 6). Y el n.º 7 subraya los aspectos y valores propios de la educación integral:

- "el sentido de la libertad y la responsabilidad;
- el cultivo de la interioridad;
- el amor a la verdad;
- la capacidad de discernimiento y de critica;
- la iniciativa y la creatividad personales;
- el respeto mutuo;
- el espíritu de colaboración y de servicio;
- la alegría y la esperanza en el futuro, con un servicio solidario de todos los hombres".

Desarrollar todos estos aspectos y valores es ayudar al educando a crecer como persona, y subrayar su capacidad creativa. Teniendo en cuenta la presión masificadora de la sociedad técnica sobre las personas, el estímulo de la creatividad y de la singularidad adquieren mayor importancia.

La creatividad y la atención a la singularidad ayudan al alumno a configurar su personalidad, y le llevan a una relación y a una apertura al mundo circundante. EI gran riesgo de la educación escolar es la *educación colectiva.* EI mismo riesgo existe en la educación en la familia, aunque mas, naturalmente, en el colegio que en la familia. La educación colectiva convierte al alumno o al hijo en una mera parte de un todo, en un mero elemento numérico.

Carta n.º 3

Educar en y para La Libertad

Educar en y para la libertad es el gran reto y riesgo del educador y de toda educación válida. Educar para que los chicos sean libres es educar *dejándoles ser,* educar para la autonomía. La autonomía hace que la persona pueda ser el principio de sus propias acciones. Y la máxima expresión de la autonomía es la capacidad de gobierno de sí mismo, la capacidad de ser ley de sí mismo, la posesión y uso efectivo de la libertad.

El problema definitivo del hombre es la realización de su personalidad. Y nunca consigue alcanzarla perfectamente ningún hombre, porque es imperfecto el uso que hace de la libertad.

En su significación completa, la libertad tiene un doble sentido:

- por una parte, indica ausencia de coacción: es lo mismo que decir independencia. Es *libertad de;*
- por otra parte, tiene un sentido positivo: capacidad de elegir en cada momento el modo de obrar que se considere mejor. Es *libertad para.*

La educación de la libertad tiene su expresión más clara en el desarrollo de la capacidad de elección. Enseñar a elegir, educar para elegir bien, es uno de los objetivos de toda educación que respeta y ayuda a desarrollar una personalidad.

Libertad de iniciativa, libertad de elección, libertad de aceptación son los objetivos de una educación en función de la autonomía del hombre, para favorecer una apta configuración de la personalidad.

Otro rasgo importante es la *apertura-comunicación.* Dicho de otra manera, es educar para la convivencia, para la comunidad. En la persona humana se realiza la paradoja de que al mismo tiempo se dan una comunicación absoluta del ser y una necesidad existencial de apertura.

El primer lugar de la comunidad y la convivencia es la familia, en donde surgen relaciones afectivas especiales que no se clan en otro tipo de comunidad. La escuela debe ser una *segunda familia:*

lugar que favorece unas relaciones y comunicaciones basadas en el espontáneo fluir de la vida humana en compañía

El colegio es el lugar y el entorno social más apto para preparar al muchacho a esta apertura y capacidad de comunicación. Desarrollar en el alumno la capacidad comunicativa, la capacidad de expresión oral y escrita, es favorecer la relación humana. En un colegio hay que favorecer y cuidar:

- la relación profesor-alumno;
- la relación alumno-alumno;
- la relación alumno-familia-colegio.

En una educación personalizada es fundamental cuidar la relación interpersonal: de persona a persona, del yo al tú. Para que esta relación interpersonal sea posible y llegue a ser fecunda, se requiere:

- amar a quien se educa, quien será siempre el elemento básico de toda comunicación educativa verdadera;
- conocer a quien se educa, siendo este conocimiento una forma de amor. Amar al educando es creer en él y esperar en él;
- ser sensibles al crecimiento del educando, sobre todo en sus crisis de identificación;
- dialogar con el educando, no desde la postura del que lo sabe todo, del juez, sino del amigo que habla con un amigo;
- saber infundir alegría y esperanza al educando. EI educador debe ser un permanente transmisor de alegría y esperanza.

Carta n.º 4

Un colegio marianista

Cada 22 de enero celebramos los marianistas el aniversario de la muerte de nuestro fundador, el P. Guillermo José Chaminade. Su intuición, su estilo y su visión de la misión en la Iglesia es lo que los marianistas intentamos vivir y plasmar en nuestras obras. En 1887 llegaron los marianistas a España, abriendo el colegio de San Sebastián. Durante más de cien años de presencia marianista en España se nos ha conocido fundamentalmente por nuestros colegios y obras educativas, aunque no son estos la única actividad apostólica desarrollada.

En nuestros colegios queremos trabajar de acuerdo con un Ideario, que marca las líneas educativas fundamentales de nuestro quehacer diario. Es muy importante que todos asimilemos los principios básicos que nos señala. Es lo que da consistencia, permanencia y seguridad a nuestra labor educativa.

El número 25 del Ideario dice:

> "El carácter propio de los colegios marianistas expresa su razón de ser: la presencia y el testimonio de la Iglesia, a través de la comunidad educativa, en el campo de la cultura y al servicio de la persona, para abrirla a los valores humanos y penetrarla del espíritu evangélico de libertad y amor, integrándola en el proceso de humanización de la sociedad".

Todo colegio es una obra educativa; par tanto, una empresa humana. Y como tal, lo que le da sentido es la aceptación de un conjunto de finalidades y de una jerarquía de valores.

La misión de un colegio marianista no es otra que la misión de la Iglesia, que consiste en evangelizar. A través de una obra de educación, la Iglesia desea trabajar en la promoción integral de la persona humana, en el campo de la cultura y en el proceso de humanización de la sociedad.

El educador debe saber de dónde arranca, y debe conocer la meta que pretende alcanzar en su labor formativa. Para hacer del niño

y del adolescente un hombre, hay que empezar por tener un ideal de hombre, una idea prototipo de hombre.

El P. Domingo Lázaro, fundador de la FAE (actual FERE), escribía:

> "Queremos formar cristianos que sean íntegramente hombres: espíritus disciplinados, rectos, equilibrados, ponderados, comprensivos, tolerantes, amplios, acogedores. Un hombre integro tiene un carácter fuerte pero sereno, es dueño de sus impresiones, es persona discreta, imparcial, noble y magnánima, y siente la belleza de la naturaleza, del arte y de la moral".

La persona humana es una unidad, y por tanto no cabe una educación cristiana independiente de la educaci6n total, sobre todo en las primeras etapas de la vida, cuando la comprensión, el conocimiento y la reacción del niño se efectúan globalmente.

A través de una obra educativa, la Iglesia sirve a la sociedad encarnando en ella valores que tienen su raíz en el evangelio:

- la comunidad;
- el espíritu de libertad y de respeto; . el sentido de la persona;
- el amor a la verdad y a la justicia;
- la fraternidad;
- la solidaridad.

Un colegio marianista debe tener todas estas características, las debe considerar prioritarias en su educación, y tiene que intentar realizarlas en el quehacer de cada día. Pero, a la vez, también tiene su fisonomía peculiar. En su n.º 9, el Ideario señala los rasgos específicos de la pedagogía marianista:

> "El espíritu de familia en las relaciones interpersonales y en la convivencia escolar.
>
> El respeto y la atención singular a la personalidad de cada alumno.
>
> Un criterio abierto a las adaptaciones exigidas por los tiempos y por el medio ambiente.

La autoridad entendida como servicio responsable, y basada en relaciones de amor, entrega y dedicación plena.

El amor a la verdad, que favorece una libertad responsable.

Basados en estos rasgos específicos, hemos de ofrecer una enseñanza de calidad a las familias que nos confían sus hijos.

Carta nº 5

El espíritu de familia

Entre los diversos rasgos específicos de la pedagogía marianista, el Ideario coloca en primer lugar el *espíritu de familia en las relaciones interpersonales y en la convivencia escolar* (n.º 9).

No hay duda de que el verdadero educador debe dar primacía a la relación directa con la persona, a la formación de la personalidad, a las relaciones interpersonales. Si, como dice Rogers, "educar no es solo imponer", y "el educador no es sólo un maestro", el modo de abordar a los niños y adolescentes es lo que marca de un modo más rotundo un estilo educativo.

No hay madurez humana sin amor, como no hay crecimiento vegetal sin calor y humedad. Por eso, cuando hablamos de *espíritu de familia* en la pedagogía marianista, queremos subrayar la importancia de unas cálidas relaciones interpersonales, a todos los niveles, dentro de la comunidad educativa.

Si solamente el amor es el nervio fundamental de la educación, el colegio no será un lugar de educación sino en la medida en que sea una segunda familia. No se trata de reemplazar el ambiente familiar: la familia natural es irreemplazable. Pero el colegio pretende crear y favorecer unas relaciones similares a las que se dan en la familia, relaciones de comprensión, de confianza y de amor, porque sólo en ese ambiente se puede desarrollar una personalidad naciente.

Uno de los primeros pedagogos marianistas, el P. Jean-Philippe Lalanne, decía:

> "La disciplina es fundamental en un colegio; pero si sólo es administrativa, impuesta desde fuera, fundada en el miedo, no hace sino crear dos bandos enemigos entre sí: los alumnos y los profesores, y ambos bandos desconfiando unos de otros. Así no puede existir un espíritu de familia que favorezca el crecimiento humano del niño".

La disciplina debe ser más bien el efecto de un clima que el resultado de unas fórmulas infalibles. Esta disciplina exige tacto,

firmeza y gran paciencia, ya que es el fruto de una lenta evolución. Y debe estar siempre interiorizada, libremente consentida, porque la ley no se impone desde fuera, sino desde dentro.

En las Constituciones marianistas de 1892 se decía:

> "Aun exigiendo el cumplimiento del deber, aun apartando el peligro con fuerza y persiguiendo el vicio con indignación, [el maestro] no deja, de ser un buen pastor: se sacrifica él mismo, toma sobre sus hombros la oveja descarriada, y conserva siempre en el fondo de su alma una calma inalterable y una prudente propensión a la indulgencia".

Sabia principia educativo. Y valida para todos los tiempos y todos los educadores.

No hay que confundir espíritu de familia con blandura. No hay roca más inquebrantable que la firmeza de un hombre manso. La paciencia es la virtud de los fuertes. Se trata de ganar el corazón del niño y del adolescente creando un ambiente de bienestar:

> "El bienestar no es una circunstancia indiferente en educación. Desconfío de que eduquéis bien a esos niños a quienes hacéis desgraciados con la pretensión de educarlos" (Jean-Philippe Lalanne).

Tener *espíritu de familia* depende, en gran medida, de la madurez de los educadores. No *tiene espíritu de familia* el educador que organiza su vida en función de sí mismo; que se acerca al alumno como quien hace una concesión; que centra su vida tan sólo en su realización personal.

Ni el autoritario, ni el despreocupado, ni el intransigente ni el permisivo tienen ni crean *espíritu de familia.*

Podemos describir el *espíritu de familia* con cuatro rasgos:

- Saber acoger: con un gesto, con una palabra, con una mirada, con una sonrisa, para demostrar que el otro es aceptado y valorado por mí. Escuchar sin prejuicios, interesarme por el otro, no pretender dar lecciones siempre. El primer mandamiento de la educación es escuchar.

- Saber reconciliar, saber perdonar: como educadores nos podemos equivocar con frecuencia, perder los nervios. Un educador que se cree perfecto, que cree que no se equivoca nunca, que cree saberlo todo, nunca perdona. Volver a creer en el otro darle nuevas oportunidades, es reconciliar.
- Saber crear unión: en una familia no hay solo yuxtaposición, horarios y orden; en una familia debe haber comunión. Esta unión se va creando con cosas pequeñas: entre compañeros y entre alumnos y profesores.
- Saber ofrecer nuestro tiempo libre: es un signo claro del *espíritu de familia.* Todos vivimos muy ocupados en nuestro mundo, sin tiempo para escuchar, sin tiempo para darlo gratuitamente a los demás.

Actuar con *espíritu de familia* no consiste en hacer más cosas, sino en hacerlas con otro talante, de otro modo. Crear *espíritu de familia* en el colegio y en la educación no es cuestión de normas que emanan desde arriba ni desde abajo, sino que es un estilo de actuar: respetando, adaptándose, dando vida, creyendo en los demás...

En su libro *Pedagogía marianista,* el P. Paul Hoffer afirma que, para alcanzar el *espíritu de familia,* "un colegio no debe tener más alumnos que los que el director pueda conocer personalmente". Desde nuestro *status* actual eso parece un principio imposible. En todo caso quiere subrayar la importancia que tiene en educación el hecho de que el alumno se sienta conocido y valorado personalmente.

También recomienda que, para cada comienzo de curso o de trimestre, el colegio prepare a los alumnos alguna novedad agradable: patios reformados, aulas pintadas, carteles nuevos en las clases y los pasillos, etc.

La creatividad y el buen hacer de cada profesor es libre para inventar cosas que favorezcan la creación de este *espíritu de familia.* El talante de la sociedad en que vivimos -prisas, anonimato, efectividad y eficacia, poca comunicación, individualismo- no favorecen el espacio de lo cálido, gratuito y familiar. Por eso mismo es hoy más importante que nunca crear este clima en la educación y en la convivencia escolar.

Carta n.º 6

El respeto al alumno

El segundo rasgo esencial de nuestro estilo pedagógico es *el respeto y la atención singular a la personalidad de cada alumno* (ver Ideario, n.º 9). Ésta es la actitud fundamental de toda acción educadora verdadera, y de donde brotan casi todas las demás. La gran tentación de los padres y educadores es la de disponer de los hijos o alumnos y tratarlos a nuestro antojo.

Respetar al alumno significa:

- aceptarlo tal como es;
- partir de él, de lo que es y puede hacer;
- conocer sus necesidades vitales;
- despertar sus recursos personales;
- potenciar sus posibilidades reales;
- conocer lo que va viviendo en las diferentes etapas y ayudarle a crecer;
- llevarlo a trabajarse a sí mismo, a que sea protagonista de su propia maduración.

No podemos "crear robots, seres uniformes hechos a golpe de molde y troquel", decía el P. François Kieffer SM. Al educando hay que exigirle en función de lo que puede; no menos, pero tampoco más.

> "Al educando hay que trabajarlo no como una materia inerte que se vierte en un molde igual para todos", decía el P. Paul Hoffer. Respetar al alumno no debe suponer dejación ninguna por parte del educador. La actividad de éste será más discreta, más silenciosa, menos autoritaria, pero no menos real y constante y, sobre todo, más eficaz. Y todo esto porque debemos estar convencidos de que el niño no es "un vaso que se llena, sino un fuego que se enciende" (Domingo Lázaro).

Algunas frases sacadas de la pedagogía marianista:

"Mis alumnos no son cosas, y no puedo tratarlos como tales, sino como personas, con sus derechos y virtualidades. No son juguetes agradables ni instrumentos molestos, ni objetos de los que podamos disponer a nuestro capricho" (Domingo Lázaro).

"La educación es una obra tan íntima que debe ser individual" (Joseph Simler).

"No todos recibimos la misma medida de gracias. Bástale a cada uno ser como Dios le quiere. Hay que cuidar de no rechazar como malo lo que no es enteramente bueno" (Constituciones SM).

"La clase no es para el maestro un rebaño, ni sus alumnos unos números anónimos. Hay que ver en cada uno una personalidad singular con sus cualidades y defectos" (Domingo Lázaro).

"Educar es ayudar activa y respetuosamente al alumno a despertar, depurar, rectificar y orientar hacia su verdadero objeto todas las virtualidades de la naturaleza humana" (François Kieffer).

Educar en el respeto es preferir siempre la persuasión a la violencia, porque en esta hay una explotación de la debilidad del niño y del adolescente, una violación de su libertad interior.

Los sarcasmos, las burlas, las ironías, las humillaciones son manifestaciones violentas que, además de atacar la dignidad del alumno, demuestran la debilidad del educador.

La tentación del orden por el orden, el ansia de éxitos inmediatos, el deseo de dominar no son las soluciones más educativas ni las más eficaces a largo plazo:

"Recurrir a castigos exagerados, a medios coercitivos, a reprensiones violentas es conseguir éxito de domador pero no triunfo de educador" (François Kieffer).

El niño, en su fuero interno, en su profunda interioridad, es tan soberano como el adulto. Hay que respetarlo. No se puede entrar en el más que por la persuasión. La pedagogía del evangelio nunca fuerza: crea una atmósfera de confianza que favorece decisiones libres.

Respetar al educando es preferir la insinuación a la obligación. Y esto tiene una mayor aplicación en la educación religiosa: es preferible crear una atmósfera a presionar. La lección del ejemplo vale más que la propaganda.

Al alumno hay que respetarlo, entre otras razones, porque no se puede educar a un muchacho sin él y a pesar suyo. Educar es ayudar al educando a que se capacite para caminar libremente hacia la meta:

> "El educador debe respetar la personalidad del niño. El trabajo del educador consiste en insinuarle discretamente y con todo respeto. Debo saber que, en educación, el verdadero educador es Dios; y después de él el mismo educando, y no yo" (Domingo Lázaro).

Nada de lo que se hace en el educando sin su concurso consciente y voluntario, es decir, lo postizo, lo forzado, permanece; y si permanece, es como un recuerdo ingrato y penoso que incluso puede ser nocivo.

Respetar la personalidad del alumno tiene hay una importancia especial. En nuestra sociedad, este respeto se violenta de muchas maneras: propaganda, publicidad, moda... que aniquilan el espíritu y el juicio critico. El espíritu técnico y eficacista valora y juzga todo desde el punto de vista cuantitativo y utilitario, opuesto esencialmente a lo cualitativo, desinteresado y respetuoso, propio del quehacer educativo.

Catalogar escolarmente a los alumnos teniendo en cuenta sólo la media matemática de unos resultados, sin tener en cuenta el esfuerzo, la buena voluntad y la actitud del alumno, no es respetuoso ni educativo. Es considerarlos más como números, cuantitativamente, que como personas y cualitativamente.

El alumno merece nuestro respeto, manifestado en un trato cortés y educado en palabras y expresiones. insultarle, emplear con el palabras groseras es falta de respeto al alumno. El P. Chaminade recomendaba que, por respeto al alumno, el maestro tenía que ser y mostrarse bondadoso y cortés en todo.

Carta n.º 7

La capacidad de adaptación

El tercer rasgo de la pedagogía marianista, tal como lo describe el número 9 del Ideario, es "un criterio abierto a las adaptaciones exigidas par los tiempos y el medio ambiente". Es lo mismo que decir *capacidad para adaptarse* a los ritmos y exigencias de una sociedad cambiante, en evolución.

Existe una doble realidad que el educador debe tener siempre muy presente: las etapas del desarrollo integral del alumno y la evolución de la cultura en la sociedad. Estas dos realidades deben estar siempre muy presentes en la mente y en el quehacer del maestro-educador, para adaptarse a ellas.

La vida ni se estanca ni se detiene, fluye sin cesar. Y aunque con el paso de los años y con la experiencia adquirida podamos mirar con nostalgia hacia atrás, la vida camina siempre hacia adelante y, sin duda, hacia mejor.

Así son el niño y el adolescente. No somos dueños de sus vidas. No podemos ni debemos detenerlos. Hay que dejarles caminar, ser hombres y mujeres de su tiempo y para su tiempo.

La primera exigencia de esta *capacidad de adaptación* que se nos exige es creer en él, saberle escuchar desde dentro, comprenderlo, sintonizar con él. Adaptarse es respetarlo, vencer la tentación de anticipar o retardar su evolución normal, de quemar las etapas de su desarrollo.

Lo mismo pasa con la cultura. Nuestro mundo vive un cambio permanente y cada vez mas rápido y vertiginoso. Las costumbres, los criterios, lo que hace feliz al hombre está en constante evolución. Hay que saber asumir el pasado, el magisterio de la historia, reteniendo fielmente la esencia y lo invariable, para proyectarnos hacia el futuro.

El P. Chaminade fue un maestro en la adaptación a las necesidades de su tiempo. Su lema "A tiempos nuevos, métodos nuevos", *Nova bella elegit Dominus,* es todo un programa y una actitud de vida. Y escribía que:

> "Retocando osadamente los modos y las formas, que no tienen nada de inmutable, hay que adaptarse a las variaciones del tiempo, del lugar y de las costumbres".

Parece evidente que sólo quien se arriesga en una búsqueda puede equivocarse. Pero eso no es más que una apariencia: en educación se equivoca más el que no se arriesga, el inmovilista, la "gente con orejeras".

Nunca podemos educar como nos educaron, de la misma forma y manera. En educación no sirve repetir. Un maestro debe vivir siempre inquieto: porque no lo sabe todo, porque sus alumnos cambian, porque la cultura evoluciona. Aunque también debe tener un fuerte sentido crítico: nada es verdad porque sea moderno o porque sea antiguo.

La rutina es la muerte de las obras educativas. Por eso hay que combatirla con fuerza:

> "Hay que huir de las gentes con orejeras, que no ven más que lo que tienen delante de los ojos, sin darse cuenta de que a su lado hay cosas dignas de ser admiradas" (Domingo Lázaro).

Par otra parte, toda adaptación realista requiere sentido del equilibrio:

> "No toda novedad es condenable; si no, se cerraría el camino al progreso. Hay que tener un espíritu abierto, acogedor, a todas las formas del verdadero progreso. Y al mismo tiempo hay que evitar todo arrebato inconsiderado de la novedad por la novedad" (François Kieffer).

> "Hay que evitar los dos extremos: Correr tras lo que huele a novedad y acatarrarse al menor viento de novedad, refugiándose escandalizados y asustados en lo que ellos llaman tradición" (Domingo Lázaro).

Este criterio de adaptación hay que aplicarlo a los métodos didácticos; a la actitud que se debe mantener en la relación profesor-alumno; en el ejercicio y apoyo de la autoridad; en los edificios e instalaciones colegiales; en las actividades escolares y extraescolares ofrecidas a los alumnos; en los criterios de educación básicos y

fundamentales que dirigen toda la actividad escolar. En una palabra, hay que adaptarse y renovarse al ritmo y exigencias de los tiempos.

Carta n.º 8

La autoridad educativa

El cuarto rasgo de la pedagogía marianista señalado, par el Ideario es "La autoridad entendida como servicio responsable y basada en relaciones de amor, entrega y dedicación plena" (n.º 9).

Sin verdadera autoridad no hay auténtica educación. Al estar hoy tan contestado y desprestigiado el concepto de autoridad, los maestros y los padres corremos el peligro de olvidar o minusvalorar algo que, sin embargo, es esencial en educación: la autoridad.

La *autoridad educativa* se encuentra en el centro de dos radicalismos exagerados y nada educativos: la permisividad y el autoritarismo. La *autoridad educativa* es algo que se es, que se tiene, alga que se consigue con el amor, la coherencia, la honestidad, la verdad.

En la sociedad se dan con más frecuencia relaciones de poder y fuerza: se le reviste a uno de autoridad. Esta autoridad es externa, se le da a uno desde fuera, para que la ejerza. En educación, las relaciones deben ser de amor: la autoridad no es algo con que me *invisten* mediante un diploma, no es algo que ejerzo porque alguien me lo permite; es algo que soy, que tengo, que me lo ha conseguido el amor.

El educador no es alguien que tiene potestad para imponerse al alumno. A éste no hay que dominarlo y doblegarlo, sino amarlo, orientarlo, estimularlo, corregirlo, animarlo. En educación no se juega a vencedores y vencidos. En educación no se deben emplear conceptos de relación social y política: democracia, represión, consenso, asamblea. Estos conceptos pueden ser válidos en las relaciones de poder, fuerza y competencia, pero la educación es una relación de amor y en ella esos conceptos no valen.

En una relación de amor sirven los conceptos de ayuda, entrega, servicio, comprensión, dejar ser, dar nueva opción, respeto, aceptación tal cual es, creer en el otro.

En educación son autoridad:

- los que llevan una vida coherente con sus palabras y sus exigencias;
- los que viven con entrega y en diálogo;
- los que son firmes en lo esencial y no pierden su prestigio en batallas absurdas;
- los que no menosprecian, ni ridiculizan ni sancionan brutalmente.

Decir que uno tiene autoridad por el mero hecho de ser profesor es deteriorar las relaciones educativas.

Con la autoridad va relacionada siempre la obediencia. En las relaciones de poder-fuerza, la obediencia es dependencia, es sumisión, es no pensar. En las relaciones educativas, la obediencia es asentir por amor, es amar, es madurez. El fin de la obediencia escolar es conducir al alumno a la libertad interior, a la autonomía adulta. El educador debe conseguir una adhesión interior, libre; si no, la obediencia no es más que sumisión exterior.

En educación, lo más importante no es que las órdenes sean ejecutadas exteriormente, sino que lo sean moral y libremente. Por otra parte, no se trata de deponer toda firmeza, pues el muchacho es inestable y necesita apoyarse en la fuerza de un profesor enérgico.

Para mandar bien hay que:

- hacerlo por el bien del alumno;
- no dar órdenes inútiles;
- saber bien lo que se quiere pedir a los alumnos;
- expresarlo claramente;
- hablar con respeto;
- proceder con calma.

La autoridad no es una cualidad particular, sino que es la resultante de un conjunto de cualidades: firmeza, competencia profesional, justicia, respeto, confianza, servicio, entrega, dedicación plena.

La educación es una obra de autoridad, pues la persona del niño tiene necesidad de servicio, apoyo y ayuda. La autoridad no es voluntad de dominio, sino un humilde servicio. La autoridad no es para servirse a sí mismo por un deseo de tranquilidad o por pereza, ni para defenderse.

> "Ciertos colegios corren el riesgo de crear la ilusión de estar dando una verdadera educación, de ser un organismo perfecto. El niño entra en ellos como la materia prima en la fábrica; se le trata con unos métodos infalibles, y al final sale con la estampilla de la casa. Es un tipo de educación industrializada y autoritaria. Esta educación puede alcanzar éxitos, pero no logra el auténtico fin de la educación: la formación del hombre en la verdadera libertad. El hombre no se logra sino en la medida en que se realiza su personalidad y su responsabilidad. Lo que el educador debe tener presente es esto, y no el éxito de la institución, éxito en el que los niños intervienen como simples medios" (François Kieffer).

Carta n.º 9

El amor a la verdad

Suscitar en el alumno el *amor a la verdad,* fomentar este apasionado amor y búsqueda es el resumen más perfecto del quehacer educativo. Lo importante no es tener ni dar muchas ideas, sino buscar, amar, vivir y dar la verdad. La verdad es la pasión de una vida. Promover en el joven la sed de la verdad objetiva es el mejor servicio que puede realizar el educador. La verdad es lo que más favorece la adquisición y formación de una libertad responsable: "La verdad os hará libres" (ver Ideario, n.º 9).

> "Educad en el amor a la verdad, pero sed primeramente vosotros mismos respetuosos con la verdad, y apartad de la educación todo aquello que no es autentico y verdadero" (Pío XII).

Educar en la verdad y en el amor a la verdad es un serio compromiso para el educador. Exige, en primer lugar, un esfuerzo de franqueza y rectitud. No podemos hablar de verdad si nuestras palabras y conductas no son verdaderas. La coherencia es el primer mandamiento del educador: coherencia entre su pensamiento y su palabra, entre su palabra y su vida, entre su vida y su exigencia a los demás. La conducta del educador no debe ser solamente una fachada: "Los tacones elevados no añaden una pulgada a nuestra estatura real" (Domingo Lázaro).

La verdad exige apertura de espíritu y de criterio. La verdad se manipula, se acepta "venga de donde venga" (santo Tomás Aquino). La búsqueda de la verdad exige educar:

- en el diálogo con todos;
- en la tolerancia más amplia;
- en la apertura a todas las ideas;
- en la comprensión de todas las posturas;
- en el sentido critico, de discernimiento;
- en la sinceridad en todo;

- en la franqueza.

Los exclusivismos, las cerrazones, las posturas esclerotizadas, fijaciones, las intransigencias son actitudes que no favorecen búsqueda y aceptación de la verdad. Educar en la verdad exige a los enseñantes un serio rigor científico en la explicación de los temas, en la recualificación personal, en la renovación de métodos y contenidos. A la vez, este mismo rigor hay que exigirlo a los alumnos. La satisfacción del bajo intelectual bien hecho hay que presentarla a los alumnos como la gran meta y motivación en su estudio.

Decía san Agustín:

> "Hay que buscar la verdad con empeño, para que su encuentro produzca una gran satisfacción. Y hay que disfrutarla sin hastió, para seguir buscándola con nuevo afán.
>
> Quien rechaza la verdad es como un ciego bañado por el sol pero que no se beneficia de su luz".

En algún colegio marianista campea, en la entrada, la sentencia: "La verdad os hará libres". Es una frase evangélica. La tradición marianista le ha considerado como un lema educativo íntima relación entre verdad, libertad, amor y esfuerzo han hecho fundamentar en estos cuatro pilares la base de la pedagogía marianista.

En nuestra sociedad tan plural y cambiante, la educación pide formar a nuestros alumnos en valores como:

- el sentido de la libertad y de la responsabilidad;
- el cultivo de la interioridad;
- el amor a la verdad;
- la capacidad de discernimiento y crítica;
- la iniciativa y la creatividad personales;
- el respeto mutuo (Ideario, n.º 7).

Son valores, todos ellos, relacionados entre sí. Y es que vivir y comunicar la verdad es una forma de vida, un talante de educador, una forma de enfrentarse a los problemas.

Carta n.º 10

Autocrítica evaluativa

Hay dos cosas que deberíamos acostumbrarnos a realizar antes y después de cualquier actividad humana: motivar y evaluar la actividad realizada. Son dos acciones que enriquecen nuestro trabajo y misión: nunca empezar nada sin una motivación clara y fuerte, nunca acabar nada sin una sincera *autocrítica evaluativa.*

Es mas fácil evaluar a los demás que evaluarse a sí mismo. Es más fácil ver la paja en el ojo ajeno que la viga en el propio. Par obligación profesional, nosotros estamos evaluando permanentemente a los alumnos. ¿*Nos* evaluamos a nosotros mismos con sinceridad, con verdad, con eficacia?

Esta evaluación personal debe versar sobre:

- nuestra competencia profesional en las materias que explicamos;
- la didáctica que empleamos para enseñar;
- la renovación permanente en metodologías;
- nuestra misión de tutores;
- nuestra relación con la clase como grupo y con cada alumno en particular;
- nuestra relación con los compañeros;
- nuestra actitud respecto al conjunto de necesidades de la etapa, del ciclo, del colegio.

Una *evaluación critica* personal bien hecha es la condición para una renovación profesional, y la base de una motivación eficaz para volver a reemprender la actividad.

Carta n.º 11

Relación educativa

En la pedagogía marianista se hace una especial insistencia en el respeto que se le debe al alumno como persona. Toda pedagogía subraya este valor. Es una insistencia constantemente repetida y deseada, en la práctica, en todos los colegios marianistas.

Cualquier *relación educativa,* para que sea de verdad educativa, debe ser una relación interpersonal. Y toda relación interpersonal se realiza en una tensión dialéctica con una doble dimensión inclusiva de roles y personas. Esto sucede en las relaciones esposo-esposa, padre-hijo y profesor-alumno.

El profesor-educador tiene el rol de exigir. Palabra mal empleada y negativamente interpretada hay en nuestra sociedad. Pero, de hecho, siempre se recuerda más y mejor al profesor que exige que al permisivo. La cuestión esta en: ¿a partir de dónde exigimos? El que ama exige siempre, pero no como proyección de sus debilidades personales, no arbitrariamente, no injustamente, sino desde el amor que le profesa al otro.

Otro rol del profesor, como enseñante, es ser competente en la materia que explica. Competente sabiendo y *sabiendo enseñar.* No se están de la competencia del sabio, sino de la competencia del *buen maestro.* No están reñidas ambas, pero la primera sin la segunda no siempre es efectiva.

El profesor-educador debe ser un modelo de identificación para el alumno-discípulo. Rol difícil y comprometido, ya que nos exige poseer unos mínimos aceptables de madurez humana.

En la relación yo-tú, de persona a persona, de profesor a alumno, las características no difieren mucho de cualquier otra relación interpersonal. Lo primero que se requiere es amor. Sin amor no hay relación de personas, no hay relación educativa, no hay crecimiento humano en la convivencia relacional humana. A su vez, el amor exige conocimiento mutua. Conocer al otro para creer en él y, creyéndole, amarle.

En esta relación interpersonal profesor-alumno es muy importante poseer una gran sensibilidad, para ser no sólo testigos pasivos, sino acompañantes activos en el crecimiento físico y psíquico del alumno en sus épocas de crisis de identificación. Nuestros alumnos no son cosas, sino personas que crecen, progresan y retroceden, maduran...

En la relación yo-tú, de persona a persona, la comunicación y el diálogo son un media importante para llevarla a cabo satisfactoriamente. No se trata de un dialogo de juez con reo, de ser superior con ser inferior, sino de amigo con amigo. Es el diálogo constructivo que ayuda a crecer, a comprenderse, a crear cauces fluidos de amistad y de amor.

En una verdadera comunicación personal siempre se genera una atmósfera de esperanza, de alegría, de sentido de la vida, tan urgente y necesaria, de manera especial en los adolescentes. Crear relaciones humanas de progreso y maduración es una exigencia de la verdadera *relación educativa.*

Carta n.º 12

Aprender y enseñar a dialogar

Uno de los medios más importantes para vivir respetando es *aprender y enseñar a dialogar.* Como escribe Gabriel Barceló:

> "Dialogar es contar con la opinión de los otros y, a su luz, ponderar la propia. Es enriquecerse con nuestras diferencias, intercambiar opiniones y evitar que cada uno se vuelva solo con lo que ha traído".

El diálogo es consulta, negociación y colaboración, no es disputa ni polémica. En el diálogo hay que evitar el apasionamiento, que apaga la luz de la verdad; en el diálogo todos tienen libertad para hablar pero también la obligación de saber escuchar.

El diálogo es el vehículo principal de la participación y convivencia entre las personas. El filósofo Bergson decía que el diálogo y la participación son "el suplemento del alma", capaz de dominar el mundo de la técnica y de crear el clima de colaboración y confianza requeridos para la convivencia.

El *diálogo educativo* tiene una importancia prioritaria en la escuela, porque la educación se realiza en una relación interpersonal, en una convivencia confiada. Si falta esto, no hay educación verdadera, sino imposición, ejercicio de doma, uso desmesurado de la autoridad.

La primera exigencia del diálogo es aprender y enseñar a escuchar: saber el difícil arte de escuchar, sin escucharse tanto a si mismo. Ser capaz de escucharle, con serenidad, al otro sus opiniones, contrarias a las nuestras en ocasiones. Estar atento al otro no es tener sólo una apariencia cortés de atención. Muchas veces, en este silencio de la escucha no hacemos sino preparar nuestra contestación, aprovechando la más ligera pausa del otro para lanzarle nuestra opinión como una piedra. Para dialogar, primero hay que preguntar y después escuchar.

Es imposible dialogar si no nos esforzamos en comprender las razones de la persona con la que hablamos. Acostumbrarse a elogiar

aquello que nos dice y de lo que nos convence es aceptar la parte de verdad contenida en sus opiniones. ”El otro” no es un enemigo aunque piense de manera diferente a nosotros. Perdemos muchas fuerzas intentando convencerle de sus errores, en lugar de procurar unirnos a él en las verdades que compartimos.

Nunca debemos creernos en posesión de la verdad. Santo Tomás de Aquino decía que la verdad hay que aceptarla “venga de donde venga”. Tener la necia pretensión de estar nosotros en la verdad y, por tanto, proclamar nuestra opinión como un dogma es el peor obstáculo al *diálogo verdadero y enriquecedor.* Además es la mejor manera de no enriquecernos nunca con las opiniones y saberes de los demás.

Creerse infalible, poseedor siempre de la razón, no sólo es menospreciar el valor del otro, sino olvidar que todos y cada uno de los hombres tienen sus propias opiniones.

Como dijo alguien, sólo muere la serpiente que no puede cambiar de piel. Nadie tiene toda la razón ni nadie esta completamente equivocado. Todos tenemos alguna verdad que comunicar y grandes vacíos que llenar con las verdades de los otros. Como dijo Antonio Machado: “¿Tú verdad?” No, la verdad, y ven conmigo a buscarla; la tuya guárdatela.

La apasionada búsqueda de la verdad objetiva es una característica especifica de la educación marianista, y debe serlo de toda educación. Y se manifiesta concretamente en el interés por descubrir no quién tiene razón, sino en que consiste la razón.

Amar la verdad más que los propios argumentos, no temerla, no manipularla, orientar el diálogo más hacia las ideas que hacia las personas, éste es el camino para el verdadero diálogo.

Carta nº 13

El verdadero diálogo

El diálogo verdadero y constructivo debe estar fundamentado en una coherencia vital entre lo que decimos y lo que hacemos. Cuando tratamos de convencer al otro de nuestra verdad, debemos hacerlo con razones pero también con hechos. Las razones, muchas veces se quedan sólo en palabras vacías de contenido. Son los hechos los que demuestran la veracidad de nuestras razones. Quien sólo dice palabras pero no las acompaña con hechos y realizaciones comprobables no dialoga de verdad.

El gran obstáculo en el diálogo es la falta de objetividad, el encerramos en nuestras propias opiniones, el teñir nuestros juicios de subjetividad, el oscurecerlos por la pasión. No es posible el diálogo cuando uno da razones y el otro pasiones o imaginaciones. El diálogo exige realismo. La sinceridad y la valentía son, igualmente, componentes necesarios para una comunicación: expresar claramente la propia opinión, y ser humilde para reconocer y aceptar la verdad del otro, sin intransigencias ni actitudes inflexibles.

El diálogo no debe ser un arma para conseguir objetivos o intereses particulares. Tampoco es un método más o menos interesante para utilizarlo cuando me conviene. El diálogo debe ser algo institucionalizado en las relaciones convivenciales humanas: pareja, familia, educación... La práctica del diálogo no se improvisa. Se aprende a dialogar dialogando.

Al diálogo no se puede ir para buscar soluciones definitivas a los problemas planteados. El diálogo aporta soluciones prácticas provisionales, que deben ir mejorando con el tiempo.

Divagar, generalizar, improvisar, no querer seguir reglas, son elementos perjudiciales para el diálogo.

Solamente la persona serena, calmosa, dueña de sí, dominadora de sus emociones es capaz de dialogar con fruto. El hombre fuerte es ecuánime, magnánimo, constante. El hombre débil habla excitado, sin mesura, descortésmente.

Muchas veces creemos que nuestra violencia verbal va a garantizar la solidez de nuestras ideas. Pero no son los que más gritan los que tienen más razón. Para entenderse, hay que hablar con calma.

En el *diálogo educativo* no podemos olvidar que la persona con mayor nivel objetivamente, el profesor-educador, es la que debe .dar ejemplo. Tanto la calma como la intranquilidad son contagiosas. Lo que somos se manifiesta a los demás a través de nuestros gestos y palabras.

Dialogar no es sólo hablar: "En el mucho hablar no faltará error", dice la Escritura. Ser concreto y breve son síntomas de un buen dialogante: "En lo poco y bien dicho se afinca el corazón" (Arcipreste de Hita).

Carta Nº 14

Guillermo José Chaminade

El 22 de enero celebramos los marianistas, cada año, la fiesta de nuestro Fundador, el P. Guillermo José Chaminade. Fue éste un hombre realista, que vivió y sufrió su época sin refugiarse en añoranzas del pasado y sin miedos al riesgo de las innovaciones. Quien quiere ayudar a transformar a las personas y a la sociedad, y ésa es la misión del educador, debe sintonizar con la problemática de. su tiempo, con el hombre de hoy, y no evadirse en sueños de que "cualquier tiempo pasado fue mejor., o de que "de nada sirve el pasado.. Ambos sueños son otras tantas formas de huir del momento presente, el que viven nuestros alumnos y vivimos nosotros mismos.

El P. Chaminade se propuso regenerar espiritual y culturalmente la sociedad de su tiempo, utilizando todos los medios a su alcance. No quiso comprometerse, desde los comienzos, con una forma concreta de apostolado. El "haced lo que él os diga., dicho por María en Caná a los servidores de la boda, es uno de los lemas más distintivos del Fundador y refleja la disponibilidad y capacidad de adaptación que exige a sus colaboradores.

El P. Chaminade se propone educar en la fe por todos los medios. En 1824 escribía:

"Sois verdaderos misioneros. La enseñanza de la juventud no es un fin, es sólo un medio para realizar nuestra misión: educar en la fe y multiplicar los cristianos"

Es una misión de carácter universal. No se trata tanto de diversificar obras, cuanto de adaptarse a las circunstancias concretas históricas de los hombres y de la sociedad en los tiempos que nos ha tocado vivir.

Al año siguiente de la fundación de la Compañía de María ya se abrió una escuela en Burdeos. Pero el pensamiento del P. Chaminade iba más lejos: es más importante educar a los educadores que a los educandos. Éstos serán bien educados en la medida en que los educadores estén bien preparados y cualificados para su misión.

Por ello vio en las escuelas normales uno de los medios principales para regenerar la sociedad francesa. El P. Chaminade, fiado totalmente en la acción de Dios y apoyado firmemente en la Providencia, buscaba efectos multiplicadores. En 1843, siete años antes de su muerte, escribía que las escuelas normales eran la obra de su corazón. Pero tuvieron que pasar bastantes años antes de que los marianistas tuvieran su primera escuela normal, en Sion (Suiza), en 1874. En España, un marianista, don Antonio Martínez, fue el pionero y organizador de lo que hoy se llaman "Escuelas de Magisterio de la Iglesia".

Al P. Chaminade podemos definirlo como un "hombre de futuro". Renovar permanentemente la educación y la formación de la juventud era uno de los mejores medios para renovar una sociedad en plena decadencia como la que él vivió:

> *"El pueblo no puede ser encaminado hacia la fe y las virtudes que de ella proceden, sino por un grado superior en el desarrollo de sus facultades intelectuales y un aumento de su instrucción".*

El P. Chaminade repetía que había que descartar toda estrechez de miras y todo apego a prejuicios anticuados. Desde el punto de vista pedagógico, creía que se debía empezar con los niños más pequeños. Hay que cuidarlos "como a la leche puesta al fuego, con disciplina firme pero con mucha bondad.

El primer marianista contemporáneo del P. Chaminade fue el P. Jean-Philippe Lalanne, hombre con experiencia educativa e innovador que influyó mucho en el naciente espíritu pedagógico de la Compañía de María. Director del colegio marianista de París, su gran aportación fue la reforma de la base misma de la emulación corno fundamento de toda educación, y la reforma de la formación intelectual.

El P. Lalanne hace notar que de ordinario se recompensa más el resultado del trabajo que el trabajo mismo y la buena voluntad:

> "En un colegio pueden triunfar más la maldad y el vicio, si éstos se ven amparados por el talento y las cualidades intelectuales..

Para no caer en este contrasentido educativo, comenzó a valorar, en las calificaciones regulares dadas a los alumnos, las notas obtenidas en comportamiento y en aplicación. Es algo que hoy, al menos en la teoría, se valora con la calificación de la actitud.

El P. Chaminade rompió con ciertas normas escolares establecidas en su tiempo, porque creía que había que dar lugar a más iniciativa y creatividad:

"Es necesario que los alumnos se expansionen en la luz y en la libertad. La verdad os hará libres".

El P. Chaminade no fue profesionalmente un pedagogo, pero marcó desde el principio unas líneas y bases de actuación que iban a ser determinantes tanto en la espiritualidad corno en el estilo educativo marianista.

Carta Nº 15

¿Qué valores queremos transmitir?

Todos tenemos conciencia de que vivimos en una época de crisis, de cambios profundos, una época diferente a la que nos tocó vivir en nuestra juventud. No podemos olvidamos de esto, pues la educación que tenemos que impartir debe ser distinta de la que recibimos nosotros. La educación exige estar en permanente renovación y cambio, porque exige estar al servicio del educando.

No es buen método educativo no actuar hoy igual que ayer simplemente porque no podemos imponer nuestros criterios, porque "nos comen los alumnos", y, en consecuencia, permisivamente, les dejamos hacer y pensar como ellos quieren hacer y pensar.

Un educador tiene el peligro de mirar demasiado cerca, de buscar soluciones inmediatas a los problemas concretos de cada día, olvidándose de que trabaja con niños y muchachos que vivirán el día de mañana, y que ya hoy viven en un mundo y una sociedad diferentes de los que tuvimos nosotros cuando teníamos su edad.

Hay una triple pregunta que el educador debe hacerse permanentemente:

- ¿Qué valores queremos transmitir, qué sentido de la vida, qué razón de vivir?
- ¿Qué modelo de sociedad queremos construir para el futuro?
- ¿Qué tipo de persona hemos de educar para una sociedad así?

Nuestra sociedad está dominada por dos mundos que luchan entre sí y que sufren el uno a causa del otro. Dos mundos contrapuestos y que no se aceptan:

1. El mundo de la agresión y de la violencia, que destruye y aniquila las estructuras actuales. El mundo del miedo, de la inseguridad, de la desesperanza y del sin sentido, que busca su felicidad en la huida y en la evasión.

2. El mundo de la eficacia, del trabajo sin satisfacción, el mundo de los adoradores del dios consumo. Viven para trabajar, trabajan para ganar y ganan para gastar. El criterio supremo es la utilidad.

Esta sociedad y estos mundos son producto del desarrollo técnico industrial. Éste ha contribuido a una serie de logros, avances y progresos, pero también ha contribuido a una serie de lacras. Ha supuesto, desgraciadamente, la pérdida de valores fundamentales como la paz, la verdadera libertad, la solidaridad, la autenticidad. Hoy se habla mucho de estos valores, pero más por razón de su ausencia que de su presencia.

Y la vida del hombre gira siempre alrededor de una constelación de valores: los motivos y las razones para vivir. Lo propio del ser humano es rendirse ante los valores que se cotizan.

La educación debe hacer estimar y apreciar los valores que se consideran más vitales. De ahí la importancia que tiene siempre educar en los valores importantes. No hay educación sin una jerarquía de valores. Y si no tenemos hecha esta jerarquización, transmitiremos, aunque no lo queramos, los valores que vivimos.

Los valores no son meros conceptos abstractos: son vida, son las motivaciones vitales que dirigen todo nuestro quehacer. Son lo que llena y da sentido a nuestra vida.

Hoy vivimos, especialmente nuestros alumnos, bombardeados por incentivos múltiples (propaganda, publicidad...) y reaccionamos corno robots ante ellos. El gran peligro del hombre es crearse un mundo artificial sin objetivos claros.

Educar en valores importantes es hoy una exigencia de la institución educativa: hay que descubrirlos, vivirlos y enseñar a vivirlos.

Carta Nº16

Nueva pedagogía de valores

La dinámica educativa ha variado mucho en los últimos tiempos. Muchas veces olvidamos que educar hoy es educar de modo diferente a como nos educaron a nosotros. Antes, educar era dar unos conocimientos, unos datos y unas normas que eran, en principio, reconocidos por todos: eso era lo que siempre se había dicho y valorado. Y el educando los recibía y archivaba. Hoy no se da esta aceptación general, ni es posible comunicar unos datos válidos para todos los individuos y para todas las circunstancias. Ha cambiado la dinámica educativa, valorando más la individualidad de la persona. Hoy, educar es ayudar al muchacho a descubrir los valores fundamentales que le ayuden a ser persona en el futuro. Por tanto, sólo una nueva pedagogía de valores podrá transformar la educación y el mundo. El premio Nobel Albert Schweitzer escribía hace algunos años:

> "Nos encontramos en un proceso de autodestrucción del hombre. Solamente los valores útiles y prácticos están en alza. Todo se mide por unidades de dinero, de éxito, de dominio y de poder. Vivir se ha convertido en pura cantidad: tener..

La *nueva pedagogía de valores* debe educar a los alumnos enseñándoles otras tablas de valores, en la que se subraye no tanto el tener y el dominar como el ser personas .

Los valores no son sólo conceptos, ni se transmiten hablando de ellos, sino estimándolos, viviéndolos y testimoniándolos.

El jesuita P. Arrupe escribe:

> "En una sociedad agresivamente humana, donde el poder, el tener, el usar determinan casi toda la vida del hombre, el educador es el hombre que apuesta por la persona frente a las cosas, por la esperanza frente a la desesperación, por el sentido de la vida frente al absurdo, por la solidaridad y la comunicación frente a la insolidaridad de los poderosos y la incomunicación de los egoístas".

Vivimos en un mundo tremendamente paradójico:

- Nunca como hoy se ha proclamado tanto la libertad, para luego vivir esclavos y obligados a competir.
- Nunca como hoy se ha buscado tanto la seguridad, para luego vivir con miedo en un mundo agresivo.
- Nunca como hoy se ha hablado tanto de amor, para caer luego en la alienación del sexo.
- Nunca como hoy se ha negociado tanto la paz, para luego vivir en vilo ante una posible guerra.
- Nunca como hoy se ha disfrutado de tanta abundancia, para que luego dos tercios de la humanidad vivan en la miseria.
- Nunca como hoy ha habido tantos medios de comunicación, para luego vivir más incomunicados que nunca.

La educación debe ser transmisora de verdaderos valores, no solamente haciendo cosas, sino siendo los educadores ellos mismos y ayudando al educando a ser él mismo.

Valores como el respeto, la creatividad, la solidaridad, la interioridad (propuestos por la OIEC en 1982), y otros más, subrayados en nuestro Ideario, como el amor a la verdad, la justicia, la responsabilidad, la reconciliación para la convivencia, etc., deben ser irradiados y transmitidos. El educador, no por lo que dice sino por lo que es, debe ser un verdadero transmisor de valores.

Carta n.º 17

La atención educativa

Una de las grandes dificultades hoy, tanto para el estudiante como para el profesor, es la falta de atención del alumno en clase, y del mismo alumno cuando intenta concentrarse para estudiar. La dispersión del muchacho, motivada por múltiples factores ambientales, crea en él una inestabilidad natural que le impide o al menos le hace muy dificultosa la atención y la concentración.

La atención es un elemento importante en el quehacer instructivo e incluso educativo. Se suele definir la atención como "la selección activa de determinados estímulos, con la inhibición de todos los demás". Se trata de poder converger todos los recursos del espíritu en una misma dirección.

Muchos factores determinan, favoreciéndola o dificultándola, la atención. Unos son de carácter interno: interés personal, motivación, gusto, ocupación, etc., otros, de carácter externo: postura, local, intensidad de estímulos externos, cambios, movimiento, novedad... Para ganar la atención del otro o para conseguir la propia concentración, hay que evitar que se produzca la llamada "defensa perceptiva" o de atención: no querer lo que no queremos oír o no nos interesa oír.

La atención es también un elemento primordial para conseguir la madurez y el perfecto desarrollo de la personalidad. Ésta se mide, en gran parte, por la capacidad de prestar atención, de concentrarse sobre un tema, sobre una persona..., objetos de nuestra atención.

Por otra parte, el progreso de un alumno está en proporción a su capacidad de atención, es decir, a su capacidad de liberarse de la inestabilidad que produce el dejarse llevar de la imaginación, de los sentidos, del mundo externo.

No hay atención sin una motivación suficiente que mueva a la voluntad a centrarse, y sin un interés por el tema objeto de la atención. El arte del profesor está en despertar ese interés, provocar el apetito, hacer gustar lo que se explica y se dice, motivar el esfuerzo. El profesor no trata de divertir al alumno, sino, fundamentalmente, de

motivar su esfuerzo.

En la pedagogía marianista se ha dado siempre una gran importancia al tema de la atención educativa. El P. Paul Hoffer ofrece unos medios para suscitar el interés y el esfuerzo en la atención:

- no multiplicar los obstáculos;
- descansar la atención tensa del alumno recurriendo a palabras o anécdotas relajantes;
- no proyectar nuestros intereses sobre los del alumno; . explicar sólo aquello para cuya comprensión esté maduro el alumno;
- la atención individualizada;
- despertar la curiosidad del alumno;
- evitar una enseñanza demasiado doctoral;
- emplear frecuentemente en clase el arte de interrogar.

El P. Domingo Lázaro escribía:

> "El mejor profesor no es el que más habla y más trabaja, sino el que hace hablar y trabajar al alumno, y consigue que éste tome parte directa y consciente en su propia formación intelectual".

Ayudar al alumno a que aprenda a concentrarse y a prestar atención, conseguir una atención relajada, no tensa y bien motivada, es un gran servicio y logro como profesor-educador.

Carta n.º 18

El ejemplo de María

El mes de mayo está consagrado tradicionalmente a María. Debemos aprovecharlo para hablar de María a los alumnos y para reflexionar nosotros mismos sobre el papel de la Virgen en el plan de Dios y en la tarea educativa que realizamos. En el Ideario de los colegios marianistas, al definir su identidad católica se dice:

> "El ejemplo de María,. persona que alcanzó su plenitud humana por medio de la fe, la docilidad al Espíritu y la delicadeza abierta a toda necesidad, inspira nuestra acción educadora" (n.º 1).

María ocupa un lugar central en la espiritualidad y en el estilo educativo marianista. De hecho, todas las fundaciones del P. Chaminade respiran un nuevo estilo, que procede de la visión que él tenía de María, impulsora de una fe activa en la sociedad moderna: "A María está reservada en nuestros días una gran victoria".

Para el P. Chaminade, María es modelo de todos los creyentes por ser "la mujer de la encarnación" y ejemplo para todo educador cristiano: educador en humanidad y en fe. Ser "hombre de encarnación" significa estar atento a las necesidades de los demás, estar cercano a los hombres, ser cordial, ser acogedor de todo lo humano, para hacer nacer en lo humano, por la fe, la vida misma de Jesús.

El P. Chaminade meditó muy frecuentemente el pasaje de María en las bodas de Caná. Allí, María compromete a los hombres en la misión de Cristo: "Haced lo que él os diga". El P. Chaminade concibe nuestra relación con María como un compromiso para colaborar con ella, como educadores de la fe y promotores de cristianos comprometidos.

Escribe nuestro Fundador:

> "Nos hemos apresurado a ofrecer a María nuestros débiles servicios para trabajar a sus órdenes: Nos hemos comprometido por un voto especial a secundaria con todas nuestras fuerzas

hasta el fin de nuestra vida”

La nueva sociedad nos urge a un nuevo estilo de evangelización, de educación, a una forma distinta de presencia y de acción. Y ello por exigencia de una fe coherente, no sólo por razones de eficacia. Quien quiere ser fiel al ejemplo de María sabe que “nos esperan nuevas tareas, nuevas luchas por el Reino-: *Nova bella elegit Dominus* (P. Chaminade). Es un mandato de actualización y renovación, respuesta válida a las necesidades de nuestra época, apertura a la adaptación y a la universalidad.

El ejemplo de María nos compromete con todas y cada una de las personas. Cada hombre es amado por Dios como único e irrepetible:

> “La educación marianista tiende al desarrollo íntegro de la persona. Conduciendo a los alumnos a la adquisición de conocimientos humanos, ayudándoles a desarrollar el pensamiento crítico y estimulando su deseo de verdad, tanto en la teoría como en la acción, los profesores preparan un terreno bien dispuesto para sembrar el evangelio” (Regla de Vida Marianista, art. 5.14).

Durante el mes de mayo hablad de María a los alumnos; presentadla en su papel de modelo, en la Iglesia, para nosotros; rezad con vuestros alumnos a María, y haced que la conozcan para que la amen más.

Carta n.º 19

La tutoría

La actividad de tutoría es tan antigua como la misma actividad docente. De forma institucional, la tutoría aparece en España en 1970, con la Ley General de Educación (arts. 22.3; 23.c; 27.3). Diversas órdenes ministeriales posteriores desarrollaron la función tutorial.

La tutoría se ha ido perfilando, por un lado, como respuesta a la necesidad de contrarrestar los inconvenientes que supone el desfile ininterrumpido de los distintos profesores por cada clase.

Por otro lado, por la necesidad de hacer operativo en la realidad el principio general de que la educación, además de instrucción, también es ayuda y orientación.

La tutoría podemos definirla como la acción de ayuda y de orientación al alumno que el profesor debe realizar además y en paralelo a la de su propia acción docente.

La actividad educadora siempre se ha ocupado de transmitir conocimientos, habilidades, valores. En paralelo, ha realizado una tarea de ayuda y orientación al alumno para un aprendizaje mejor, para un rendimiento mayor y una buena elección final:

> "La orientación es el proceso de ayuda a un sujeto para que se conozca a sí mismo y a la sociedad en que vive, a fin de que pueda lograr su máxima ordenación interior y su mayor integración en la sociedad" (Frank Zeran).
>
> "La tutoría es el proceso por el que se ayuda a los individuos a lograr la autocomprensión necesaria para conseguir el máximo ajuste con el centro docente, con la familia y con la comunidad" (F. W. Miller).

Campos de la orientación tutorial

- Orientación escolar: persigue la mejora del rendimiento académico, el desarrollo de las aptitudes y la adaptación del alumno al centro docente.

- Orientación profesional: ayuda a encontrar ocupaciones de acuerdo con las aptitudes individuales y las necesidades de la sociedad.
- Orientación personal: persigue la integración del sujeto consigo mismo: ideas, motivaciones, valores...

Principios de la orientación tutorial

- La orientación implica respeto a la originalidad del individuo. No es una manipulación sutil ni una suplantación paternalista del alumno. El buen orientador es el que intenta hacerse "prescindible", el que actúa de forma que la hetero-orientación vaya dando paso a la auto-orientación.
- La orientación es para todos los alumnos, no sólo para los casos", y a todos los niveles educativos.
- La acción de la orientación debe dirigirse a los campos fundamentales del desarrollo del alumno: físico, mental, social, emocional...
- La orientación ha de concebirse como tarea cooperativa entre padres, profesores, departamento de orientación y el propio alumno.
- La orientación es inseparable de la educación, y al ser ésta un proceso, también la orientación lo es.

Orientación y evaluación

La orientación es el último paso de un proceso cuyas fases son: evaluación de lo somático, de lo psíquico, de lo socio-ambiental, de lo académico; diagnóstico y orientación.

Evaluación y orientación son el principio y el final de un mismo proceso. La evaluación es un medio para valorar y orientar adecuadamente al alumno y al sistema. La evaluación no es un apéndice en el proceso de formación, ni solamente un proceso de selección por medio de exámenes; debe ser un proceso de orientación.

Los fines de la evaluación son: valorar el aprovechamiento educativo de los alumnos, y obtener los datos necesarios para ayudarles a orientarse en sus estudios y en la elección de su futuro.

Orientación y enseñanza

Enseñar y orientar son dos verbos que definen operativamente la educación: enseñar es transmitir, orientar es ayudar.

La enseñanza es una actividad encaminada a orientar y estimular el proceso intelectual. Toda enseñanza es, en parte, orientación. La orientación precede a la enseñanza en ciertas actividades docentes: diagnóstico de capacidades, intereses, personalidad...

La orientación debe estar presente durante todo el proceso instructivo. Está también al final del ciclo docente ayudando al alumno a decidir sobre su futuro.

La orientación no puede hacerse a base de instantáneas, sino a base de una acción continuada. Por eso la orientación escolar es un proceso.

Carta n.º 20

Comienzo de curso

Comenzamos un nuevo curso. Volver a comenzar es algo que hacemos con frecuencia en todos los ámbitos de la vida. Se puede volver a comenzar por necesidad, por obligación, con rutina o con ilusión. Es así, con ilusión, como debemos empezar un nuevo año escolar. No es un año más, es un año nuevo, distinto, un curso nuevo. El niño, el joven, son para el educador un estímulo, una esperanza, una exigencia de renovación, como lo es la persona amada para quien la ama. El alumno no es un enemigo, no es alguien indiferente, no es un mero objeto, no es alguien casual, es una persona a la que queremos para ayudarle a crecer intelectual, humana, moral y cristianamente.

El protagonista de nuestro quehacer docente-educativo es una persona, el alumno, con sus valores y sus contravalores, con sus ideales y sus debilidades, con sus aspiraciones y sus frustraciones. El educador, el profesor, debe estar al servicio del alumno. El colegio entero es una obra de servicio, al servicio del alumno. Y por su parte, los niños, los jóvenes, nuestros alumnos, no deben ser meros oyentes pasivos. Hay que ayudarles a que sean agentes activos de su propio crecimiento, de su propia educación. Porque el colegio no debe ser solamente un lugar donde se aprende: debe ser un lugar donde se convive, donde se ejerce la vocación de servicio mutuo. Y para quien tiene fe, también un lugar donde se construye día a día la Iglesia de Dios.

Al terminar el curso pasado, al hacer la evaluación de lo que había sido, subrayábamos algunos aspectos, unos positivos, otros negativos:

- No sólo no perder el sentido y el fin que propone el Ideario del colegio, sino enseñar para educar en cristiano, potenciar y plasmar ese sentido en la realidad de cada día.
- Valorar la disciplina y las normas comunes de exigencia como un medio educativo fundamental. No perder el sentido de equipo que debemos tener todo el profesorado.

- Mejorar la comunicación entre nosotros a través del diálogo, la apertura y la sencillez en todo nuestro quehacer.
- Aprovechar la tutoría y los encuentros personales con los alumnos para personalizar nuestra educación y atender la individualidad de cada niño o adolescente.
- Considerar y realizar la evaluación continua como un medio educativo primordial, revisando criterios de corrección, calificación y comunicación con los alumnos, grupos de clase, padres, resto del profesorado.
- Poner interés en convertir la campaña educativa en un medio importante de información, comprensión y ayuda para el desarrollo de actitudes personales.
- Esforzamos por mejorar el material, el cuidado y el orden en los departamentos y seminarios, el control en las compras y mantenimiento del material.

Que el nuevo curso sea plenamente satisfactorio en todos los órdenes.

Carta n.º 21

Pedagogía activa

No hay más pedagogía que la pedagogía activa. Una pedagogía que no hace otra cosa más que facilitar la transmisión de conocimientos no es una verdadera pedagogía. El crecimiento de la persona se realiza a través del esfuerzo y de las acciones que hace ella misma. El hombre no crece ni madura más que haciendo trabajar todas sus potencialidades y recursos. Nada consigue un profesor, un educador, si los alumnos no participan activamente. Hay un antiguo adagio pedagógico que dice: "No se forma a los hombres, se les invita a formarse".

Toda pedagogía activa toma en serio la condición humana y tiene en cuenta la individualidad propia de cada persona. En un centro educativo, el alumno, cada alumno, es una persona que hay que tomar en serio. Hay que ayudarla y acompañarla para que consiga su propia autonomía y libertad. No se puede forzar la libertad humana, sino confiar en ella, pero sabiendo que no se puede renunciar a ciertos métodos para conseguir su propia y plena realización.

El gran peligro del pedagogo es teorizar, partir de concepciones ideales, y olvidarse de los alumnos concretos, de cada alumno concreto. La pedagogía activa trata de ayudar a estos niños y jóvenes a capacitarse para llegar a ser verdaderos hombres y mujeres, y a descubrir su tarea en este mundo.

Uno de los medios más importantes para progresar en la enseñanza y en la educación es la evaluación. Todos deben evaluar: alumnos, padres, profesores y el centro en general. Y el primer paso es la autoevaluación: hay que enseñarle al alumno a que reflexione de la manera más objetiva posible sobre su propio trabajo y crecimiento.

Esta autoevaluación es la evaluación más eficaz. De nada sirve la que hacen los profesores y padres de los alumnos:-hijos, si éste no realiza una autoevaluación de su propia actividad.

Motivarse y evaluarse son dos ejercicios que deberíamos enseñar a los alumnos: "Ninguna actividad sin motivación previa y sin evaluación posterior". San Ignacio de Loyola proponía un cuarto de

hora de evaluación para cada actividad desarrollada en la hora anterior. No hay verdadero progreso en la enseñanza y en la educación sin evaluación.

Cualquier actividad educativo-docente gana calidad en la medida en que está bien motivada y bien evaluada. No es una pérdida de tiempo explicar a los alumnos, según su edad, cómo pueden motivarse y cómo deben autoevaluarse. Muchos fracasos humanos y escolares radican en la falta de motivación de la actividad y estudio, y en la ausencia de evaluación posterior para descubrir las causas de los fallos.

Carta n.º 22

El deseo de aprender y de progresar

Uno de los grandes escollos del educador-docente es encontrarse con alumnos que no desean aprender. Es difícil la tarea de hacer que nazca en el alumno el deseo de aprender. Para ello hay que partir del deseo profundo que tienen de crecer, de progresar, de desarrollarse. Un viejo proverbio dice: "No se puede hacer beber a un asno que no tiene sed". Abrir al alumno el apetito de aprender es, pues, fundamental. Pero muchas veces pecamos con él de intelectualistas, empleando tan sólo medios de índole intelectual, y olvidando que, para convencerlo, hay que presentarle el deseo de aprender de una forma atrayente y apetitosa.

Junto con el deseo de aprender, hay que enseñarle al alumno el deseo de progresar. ¡Siempre puede hacer más, aunque sea poco!. El crecimiento del hombre no se detiene nunca. Hay que ofrecer al alumno, y luego desarrollar en él, el deseo de progresar. Para ello, lo primero que el educador debe transmitirle es confianza en sus propias fuerzas y posibilidades. Y lo segundo, la aceptación de las propias limitaciones, porque la perfección absoluta nunca se puede conseguir. Gran educador es quien sabe dar a sus alumnos una firme confianza en sus posibilidades y capacidades; quien cree en las posibilidades y capacidades de sus alumnos y se lo demuestra; quien lo acompaña en sus fracasos y le hace ver que éstos nunca son definitivos.

Pero todo esto no se puede realizar sin la convicción de que cada alumno es original y está marcado por una historia personal muy concreta. Nadie es igual a otro. No podemos trabajar en serie, porque no hay moldes únicos por los que deban pasar todos. Cada persona tiene su ritmo, su personalidad y su camino propio que recorrer. Es muy conocido de todos este rasgo de la pedagogía marianista: el respeto a cada individuo, a su personalidad. No podemos exigir ni esperar que todos lleguen al mismo lugar ni por el mismo camino.

Por eso, una de las cualidades imprescindibles del educador es la paciencia: el educador es paciente, y sabe que la paciencia todo lo alcanza.

Saber esperar ante la persona del alumno es una señal de respeto. Luchar contra la impaciencia, sabiendo que hay que recorrer muchas etapas antes de llegar a la meta, es un esfuerzo continuo del profesor-educador.

Carta n.º 23

Relación personal profesor-alumno

Si existe un principio fundamental en educación, es éste: toda educación verdadera gira en tomo a la relación personal entre el profesor y el alumno. Es también una de las convicciones más profundas de la pedagogía marianista.

El respeto a la figura del alumno, manifestado en la relación personal con él, tiene como contrapartida el buscar ser respetado y querido por él. No es indiferente, en educación, que al profesor lo quieran o no. Es importante buscar ser querido, no por mera complacencia, sino para que la relación personal profesor-alumno sea eficaz y verdadera. Decían los antiguos: "El profesor querido siempre tiene razón, el profesor odiado siempre está equivocado". Y una *ratio studiorum* indicaba: "El profesor procurará no olvidar a nadie; tiene que estimular a los más aventajados, pero de manera que los más retrasados no tengan la sensación de estar olvidados".

Es la difícil tarea del profesor-educador: acompañar al alumno, estar plenamente disponible para él, sin invadir su terreno. La auténtica relación personal profesor-alumno tiene que basarse en la cordialidad y la confianza, imprescindibles para lograr la personalización de la educación.

Es muy importante que el alumno encuentre en su camino de maduración testigos de humanidad, modelos de identificación. Y en la base de todo ello está la visión positiva y optimista del hombre y del mundo. Es un gran regalo para los alumnos tener ante sí un testimonio de felicidad, de esperanza, de optimismo y de confianza. Además, es la única manera de poder mantener con ellos un diálogo educativo constructivo y confiado.

En esta relación personal siempre entra en juego el terna de la libertad. Cualquier educación verdadera debe realizarse en la libertad, pero sabiendo que ésta no es un bien definitivamente conseguido, sino que está permanentemente amenazado. Porque existen la mentira, la tristeza, el cansancio, la seducción, la pereza, el peligro de la superficialidad, etc. Contra ello hay que esforzarse y disciplinarse, pero

sin obsesionarse con la perfección y aceptando las propias limitaciones y las exigencias del esfuerzo.

El camino pedagógico del respeto, de la personalización, de la relación individual, de la libertad, es un camino que se recorre por etapas, lo mismo que la vida. Tan funesto es quemar etapas por correr, corno no avanzar por estancamiento.

Carta n.º 24

Amor efectivo al alumno

Toda educación debe inspirarse en el amor efectivo al ser humano. No hay medio más eficaz para el buen desarrollo de la personalidad que un clima de amor. Amor que debe ir acompañado de toda una serie de actitudes que le dan calor y sentido: acogida, tolerancia, ternura, respeto a la individualidad, estar a su lado, comprensión, empatía, ejemplo. No se puede hablar de amor verdadero sin tener estas actitudes, y suficientemente desarrolladas. Además, para amar a una persona hay que conocerla detenidamente, respetarla profundamente, y conocer y entender su entorno. No se puede juzgar a nadie teniendo en cuenta solamente nuestras simpatías y antipatías. Hay que ver al otro sin prejuicios, sin temores, siempre con mucha esperanza.

Toda persona, y muy especialmente el niño y el adolescente, desea ser amada incondicionalmente, y saber que es amada por lo que es y no sólo por lo que hace. En educación esto tiene una gran importancia. No basta que los padres y educadores amen a sus hijos-alumnos, sino que éstos deben darse cuenta de que son amados efectivamente. No es lo mismo ser amado que sentirse amado. Los hijos-alumnos necesitan sentirse amados, y tienen una gran capacidad para percibir el amor de sus padres-educadores.

El niño y el adolescente aguantan mejor un castigo que el sentirse poco querido. La autoestima, que es un valor fundamental en el quehacer educativo, procede del hecho de sentirse uno amado. Un joven, una persona que no se autoestima es una persona truncada en su proceso de personalización.

Un gran peligro del educador es condicionar el amor a una conducta correcta, disciplinada, académicamente buena. Sin embargo, y por definición, el amor se da sin pedir nada a cambio, sin poner condiciones. El amor, o es gratuito o no es amor. Si un niño se da cuenta de que el amor que se le tiene es la recompensa concedida a unos comportamientos suyos correctos o a unas buenas notas, se siente defraudado. No le vale ese amor. Lo que de verdad necesita es

un amor incondicional.

Si un centro educativo ofrece amor, respeto, aceptación de la personalidad individual, ayuda incondicional, acogida, tolerancia, posee el secreto de una educación de calidad y está favoreciendo la perfecta maduración de sus alumnos.

En educación, el amor está por encima de normas, de técnicas, de habilidades, de teorías, de esfuerzos pedagógicos y de medios materiales. Todas las escuelas pedagógicas de todos los tiempos han subrayado la importancia del amor en la educación.

Carta n.º 25

Conocer la realidad juvenil

Conocer la realidad juvenil actual y sus posibilidades de educación es una urgencia ineludible para todo educador. Vivimos una época de crisis social generalizada, en la que la juventud ocupa un lugar importante. Y lo primero que se acusa es un síntoma de pérdida de valores. No sólo de transmutación, sino de ausencia de valores. Se trata, por tanto, de un problema de extrema gravedad.

Muy frecuentemente se confunden dos conceptos: valores y centros de interés. Los valores son realidades de orden absoluto que afectan directamente a la persona. Los centros de interés son realidades relativas que afectan a la sensibilidad, atrayendo su atención y absorbiéndola. Los valores pueden ser, al mismo tiempo, centros de interés, pero éstos no siempre incluyen valores, y pueden incluso negarlos. Sólo los valores construyen y configuran la personalidad, de manera que sin una escala mínima de valores no hay crecimiento personal.

Nuestra sociedad está viviendo un proceso de pérdida de valores. No sólo de cambio, sino de pérdida de valores. Nuestra sociedad se caracteriza por estos elementos:

- una gran disponibilidad de bienes de consumo superfluos, lo cual crea una creciente necesidad de intereses materiales;
- una falta de sentido colectivo nacional, de sentido de pueblo, de historia;
- una ausencia de valores referidos al hombre como ser trascendente;
- una mentalidad técnica, automatizada, donde sólo se mide el rendimiento;
- un déficit muy considerable de relaciones, de comunicación, de servicio, de confianza en el hombre, de contacto con la naturaleza.

Todo ello produce en los jóvenes:

- una gran inseguridad interior, ya que su seguridad la ponen en la posesión material de algunos bienes y en la imagen de sí mismos ante los demás;
- una pérdida de conciencia ética, pues, al liberarse de ciertos tabúes, caen en la insensibilidad moral;
- una desaparición del estímulo a medio y largo plazo, ya que desconfían del futuro;
- una merma de la capacidad de reflexión e interiorización, de la capacidad de silencio y de iniciativa, de la capacidad de afrontar situaciones difíciles;
- un descenso del nivel de comunicación profunda, un incremento de la insensibilidad hacia los demás;
- un cierto desencanto vital, hastío, cansancio prematuro.

Es normal que a esta situación se la llame pasotismo: pasar de todo, pero no como una liberación, sino como una evasión.

Después de decir todo esto, parece que el panorama reflejado es bastante trágico, propio más bien de un pesimismo exagerado. Es posible, aunque creo que de alguna manera retrata ese cierto desencanto que se nota en la juventud actual.

Ante esta situación hay que afirmar y creer en una alternativa de educación posible. A eso estamos llamados los educadores hoy.

Carta n.º 26

Alternativa para una educación válida, hoy

¿En qué puede basarse la *alternativa para una educación válida, hoy?* Creo que en estos dos polos:

- en una educación en la línea de los valores, que cambie el pensamiento y empuje a la acción;
- en una educación que presente modelos de identificación que provoquen una confrontación personal.

En todos los tiempos el hombre ha necesitado prototipos que encarnan valores humanos y proyectos de vida. Estas personalidades son para el hombre un fuerte estímulo y una gran seguridad. Todos los recordamos en nuestra juventud. No tener a nadie a quien admirar como maestro de vida, como líder intelectual o espiritual es una gran indigencia.

¿Por qué es difícil educar hoy? Los estudiosos del tema señalan tres razones principalmente:

- el rechazo de los anteriores sistemas de educación escolar;
- la falta de coherencia entre la escuela y .la sociedad;
- el influjo negativo de algunas pedagogías.

En primer lugar, el rechazo de los anteriores sistemas educativos. No hay duda de que la escuela ha perdido su prestigio educativo. Padecemos un gran escepticismo: algunos parecen estar dispuestos a renunciar a la acción educadora, y limitarse a la actividad profesional. Se opta, demasiado, por ofrecer solamente ideas a la inteligencia, desistiendo de la educación personal y pasando a una enseñanza meramente objetiva. Prescindir del sujeto para ser transmisores de algo es anular la acción educativa.

Por otra parte, existe una contradicción entre los valores que brinda la escuela y la realidad que ofrece la calle, la familia, la política, la información. Cuando la escuela -se decía- ofrecía el setenta por ciento de los elementos formativos del alumno, éste podía integrar el treinta por ciento restante a lo aprendido en la escuela. Hoy la

proporción es inversa, y la escuela puede quedar al desnudo. El profesor está desguarnecido, sin el apoyo necesario y la confianza de la sociedad, de la familia. Es cierto que la escuela y la sociedad nunca irán totalmente emparejadas, pero tampoco deben estar separadas y, mucho menos, enfrentadas entre sí.

Y en tercer lugar, existen métodos educativos y pedagógicos que parecen estar pensados para provocar la inhibición de la persona. Se ha pasado de la educación autoritaria a la "no directividad". Superar el autoritarismo es un logro. Pero caer en la permisividad, pensar que el hombre puede llegar a ser hombre por sí mismo, sin la palabra, la incitación, la mirada y el estímulo del otro es un gran error.

Frente a todo esto hay que recordar la vocación específica del educador: educar es implicarse en la existencia personal de los alumnos; es ofrecerles la verdad y ayudarles a comprometerse con ella; es generar libertad, sembrar esperanza, alumbrar amor. Sin esto no hay educación.

Carta n.º 27

Transmisión de valores importantes

Muchas veces sentimos preocupación al enfrentamos con el compromiso de la transmisión de valores importantes, no sabiendo qué valores transmitir ni cómo transmitirlos. Hace algunos años, la educación se apoyaba en principios intangibles, aceptados por la mayoría y que no encontraban la resistencia de hoy. Actualmente la situación es casi radicalmente distinta. Ante esa realidad podemos adoptar una de estas dos posturas, ambas erróneas: o dejar a los alumnos sin normas y orientaciones, abocados a situaciones que son incapaces de resistir, o exigirles unas actitudes de conformidad y sumisión que les van a impedir lograr su identidad personal.

Transmitimos los valores por nuestra manera de ser, por los criterios con que actuamos, por nuestro obrar consecuente con nuestras convicciones. Los alumnos los adivinan instintivamente, intuitivamente. Los valores y las creencias no se imponen a la fuerza. Un valor que no se asume libremente carece de sentido, y a la larga es rechazado.

Si un educador quiere compartir sus valores y experiencias con sus alumnos, debe actuar más como un orientador que vive esos valores, los ofrece, los sugiere, que como un jefe que los impone o los exige. La verdad se expone, no se impone.

Hoy vivimos inmersos en una crisis generalizada: crisis personales, de estabilidad emocional, laborales, familiares. Pero la más grave, la que está por encima de todas las demás, es la crisis de identidad, de preocupación. El hombre debe seguir siendo más importante que la máquina. Hay que revalorizar el concepto de hombre. El ser humano posee dentro de sí todas las capacidades para ser feliz. Hay que enseñarle a actualizarlas, y ayudarle en esa tarea. Educar es facilitar, potenciar todos los valores y recursos que el hombre posee dentro de sí mismo.

Vivimos hoy en un sistema de valores que coloca la competencia y el éxito en el lugar más alto. Poseer cosas, alcanzar éxitos, ocupar puestos importantes, triunfar, eso es para muchos el logro y la

realización de su vida. No se valora el crecimiento espiritual. Decía Gandhi:

> "Si un hombre crece espiritualmente, el mundo crece con él; si un hombre cae, el mundo cae con él".

Hoy se habla mucho de amor fraterno, sencillez, honradez, amistad, acogida, tolerancia, paz, convivencia, etc., pero vivimos la gran contradicción de que continuamente se nos invita a actuar de forma opuesta. Son los niños y los jóvenes quienes sufren más las consecuencias de esta confusión, y se quedan aturdidos, sin saber a qué atenerse. Hay que ayudarles a que encuentren en sí mismos los valores que darán sentido a su vida; que los encuentren y que sepan actuar en consecuencia.

Toda persona tiene derecho a equivocarse; por eso hay que enseñar a los niños y a los jóvenes que saquen de la equivocación una lección oportuna para su vida. El educador debe ser un acompañante del alumno en el descubrimiento de los valores fundamentales, teniendo en cuenta que la mejor manera de ayudarle a encontrarlos es el ejemplo de una vida honesta y sincera. Las palabras y los discursos valen poco. Como decía un antiguo pedagogo: "El siervo ejemplo es más efectivo que la diosa palabra".

Carta n.º 28

Características de los jóvenes, hoy

En abril de 1988, la Sagrada Congregación de la Enseñanza Católica publicaba un documento titulado: "La dimensión religiosa de la educación en la Escuela Católica. En su primera parte el documento trata de los jóvenes ante la dimensión religiosa de la vida, y enumera algunas características (negativas y positivas) de los jóvenes, hoy. Podemos fijamos en nuestros alumnos y ver qué características de las expuestas descubrimos en ellos. Y cuáles nos interpelan más directamente, porque los educadores no podemos limitamos a observar los fenómenos, sino que debemos buscar sus causas.

Aspectos negativos

- Sólo cuenta lo que es útil y, sobre todo, lo que ofrece resultados prácticos y técnicos. Los valores de índole superior no interesan a muchos jóvenes.
- Pobreza de relaciones en la familia y en la sociedad; en consecuencia, soledad, falta de afecto, depresión.
- Intranquilidad ante el porvenir, y temor ante los grandes problemas de nuestro tiempo: paro laboral, matrimonios deshechos, bolsas de pobreza...
- Inseguridad, tendencia al aislamiento; o al contrario, a la violencia, cuando se encuentran juntos muchos.
- Incapacidad para dar sentido a la vida, y consiguiente refugio en el alcohol, la droga, el erotismo, las experiencias exóticas.
- Falta de firmeza en las decisiones: del sí de hoy pasan con facilidad al no de mañana; huida de compromisos estables.
- Generosidad y entusiasmo faltos de concreción, y no siempre con finalidades confesables.
- Abandono de la práctica religiosa y hostilidad hacia las instituciones eclesiásticas y las personas que representan a la Iglesia.

- Crisis de aceptación de la fe y de los valores morales vinculados a la fe; laicismo, ateísmo, ruptura entre evangelio y cultura.
- Indiferencia religiosa y tendencia a llenar el vacío religioso con otros sustitutivo s, como el culto pagano al cuerpo, la evasión de la droga...
- Actitudes no positivas ante la oración, la santa misa, los sacramentos y, en general, las prácticas de culto.

Aspectos positivos

- Jóvenes ejemplares en su comportamiento religioso, moral y escolar: incidencia de la acción educativa de la familia, de la escuela, de la comunidad eclesial.
- Jóvenes que buscan una religiosidad más consciente, que se preguntan por el sentido de la vida y que encuentran en el evangelio las respuestas a sus inquietudes.
- Jóvenes que superan la crisis de indiferencia y duda, y se acercan o retornan a la vida cristiana.
- Jóvenes que se preguntan si el fin del hombre consiste en tener muchas cosas, o en algo distinto que vale mucho más.
- Jóvenes que se desconciertan ante las situaciones de injusticia que se dan en nuestra sociedad.
- Jóvenes que desean ahondar en su propia vida de fe, vivir con coherencia, e incluso asumir un compromiso responsable en la acción.
- Jóvenes que no se contentan con las palabras, sino que quieren hacer algo que valga para ellos mismos y para los demás.

Analizar estos aspectos negativos y positivos y aplicarlos a nuestro entorno es un reto para nosotros, educadores. Nuestra tarea no consiste solamente en impartir lecciones, sino también en desarrollar práctica y concretamente todo un proyecto educativo, atentos a las necesidades de los jóvenes de hoy.

Carta n.º 29

La educación en y para la libertad

El tema de la educación en y para la libertad ha sido siempre un tema educativo difícil, importante, fundamental. No hay verdadera educación si no se educa en libertad, para la libertad, en la verdad y en el amor. Los tres grandes ejes-valores en educación son: libertad, verdad, amor. Los tres, unidos y conjugados, son los rasgos que definen a una persona madura y cristiana.

En la sociedad y en la educación existen innumerables movimientos de fondo que tocan la raíz misma de la persona. Vivimos una mutación permanente: todo cambia, y cambia radicalmente. Ciertos equilibrios establecidos a lo largo de los siglos y asentados en la experiencia de muchas generaciones se han visto súbitamente rotos. Por ejemplo, el equilibrio entre libertad y autoridad en educación. Antes, la libertad era destilada gota a gota, paulatinamente, de forma graduada. El aprendizaje de la libertad se hacía a la luz de una firme autoridad.

Hoy, la autoridad del educador es cuestionada radicalmente. Se llega al extremo de afirmar que la juventud sólo reconoce a los educadores un derecho: permitir. Una libertad así no lleva a ninguna parte, y los educadores corren el peligro de renunciar a su autoridad con tal de tener paz.

Renunciar al verdadero sentido de la autoridad es hacer peligrar todo el entramado educativo. Con ello los jóvenes pueden malograr su libertad, convirtiéndose en esclavos de sí mismos y de las cosas.

Para encuadrar el tema de la libertad en la educación, hay que centrar y definir el concepto mismo de educación. El principio a tener en cuenta para definir la educación es que educar no es imponer, sino exhortar, animar, dialogar, motivar, estimular, orientar. Exhortando se consigue más que imponiendo. Y hay que proceder así, no sólo por razones de eficacia, sino por el respeto que se debe a la individualidad de cada persona. Ésta es la mayor inseguridad y, a la vez, la mayor gloria del educador.

Educar es el más bello quehacer humano: ayudar a una persona

a crecer, orientarla, acompañarla en su evolución y progreso, forjar su capacidad de amar.

Escribía el P. Domingo Lázaro: "Al niño, al adolescente y al joven no hay que doblegarlo ni domarlo. La educación no es una doma, es un quehacer humano. El ser humano ha sido creado para el amor, la felicidad, la verdad y la libertad, y por eso siempre responde mejor a la bondad, a la exhortación, al cariño, al "por las buenas..

Sólo el amor, la libertad y la verdad son capaces de romper determinadas durezas. San Pablo decía a los romanos: "Venced al mal a fuerza de bien. (Rom 12).

Educar es entablar con el educando unas relaciones de amor, es decir, de libertad y de verdad:

> "Nada hemos logrado si no logramos llegar hasta el fondo del hijo, del educando. Educar significa enseñar a escoger el bien, a amar el deber, el trabajo, el orden. La observancia material y exterior de las normas no mejora al alumno. La motivación personal es lo que le educa y le ayuda a ser más persona, más libre" (P. Joseph Simler).

Carta n.º 30

La verdadera educación en la libertad

Los requisitos de la verdadera educación en la libertad son:

- Unas motivaciones internas para ser libre.
- Un apoyo exterior para ser libre.
- Un adecuado equilibrio entre las motivaciones internas y el apoyo exterior.

1. Necesidad de unas motivaciones internas

En educación no se trata de formar rebaños humanos sumisos a lealtades ciegas; ni clases disciplinadas; ni conductas marcadas con el sello de fábrica; ni personas amaestradas, rutinarias.

Todo esto se consigue por efecto de los egoísmos latentes y sutiles de los educadores, que establecen un orden externo, a presión, para vivir sin conflictos, para vivir tranquilos.

Educamos a personas libres que piensan, que sienten, que deben actuar por motivos que surgen de la vida, que responden al amor. Por eso es tan importante equipar la conciencia de los educandos con las debidas motivaciones, y crearles ambientes humanos, y hacer que respondan a los estímulos del amor con actuaciones motivadas por el amor.

Esto es absolutamente imprescindible para formar una persona libre. Hombre libre es el que piensa, el que tiene capacidad para amar, el que hace, el que dice y vive la verdad, el que actúa por motivaciones, no por coacciones.

2. Necesidad de un apoyo externo

No basta con motivar bien la conciencia del educando. El hombre es un ser complejo y débil, limitado en su naturaleza. El viejo error de Sócrates consistió en creer que el hombre se formaba en la medida en

que descubría el concepto y tenía un conocimiento perfecto de la virtud. Pero eso no basta para ser libre. No basta con saber. Se pueden tener motivos muy lúcidos, conocer muy bien la virtud, y sin embargo actuar en contra del propio querer por fragilidad. Ya san Pablo lo decía: "Hago lo que no quiero, y dejo de hacer lo que quiero" (Rom 7).

Nos es totalmente indispensable el apoyo exterior de la autoridad, de las normas, de la ley para ser libres de verdad. Una ciudad sin semáforos ni agentes de la circulación no hace más libres a los ciudadanos, aunque conozcan perfectamente el código. Una clase o un colegio sin profesor, sin vigilancia, no hace más libres a los alumnos. Una familia sin normas, sin autoridad paterna y materna no hace más libres a los hijos.

Siempre hay que tener en cuenta el principio de la libertad:"La libertad de uno termina donde empieza la libertad del otro". Para estructurar y favorecer la libertad individual, es indispensable una normativa, que colabora en la realización de la libertad individual y social.

3. Necesidad de un adecuado equilibrio entre las motivaciones internas y el apoyo exterior

La verdadera libertad requiere también un adecuado equilibrio entre las motivaciones internas personales y la autoridad externa.

El niño pequeño organiza su conducta, ante todo, por las reacciones que ve en las personas mayores que le rodean: una mirada reprobatoria, un azote, una sonrisa, un premio. Al principio son solamente estos gestos externos los que le van a educar en la libertad. No tiene capacidad de motivaciones internas. Por tanto, hay que saber dosificar estas reacciones externas ante los niños.

Cuando el niño va siendo capaz de asimilar sencillos motivos internos, se le debe ayudar a interiorizar. Al mismo tiempo que se le mantiene el apoyo externo, se le debe abrir a los motivos interiores y personales. Es cierto que hay que ayudar al niño a que adopte hábitos como la limpieza personal, el orden, etc., pero, al mismo tiempo que se le ayuda a crear esos hábitos, se le debe interiorizar con motivos,

para que los asimile.

Se trata de ir remitiendo el apoyo exterior de la autoridad y de las normas, para ir dejándole al niño actuar por motivos. El verdadero problema consiste en hacer hábilmente la transición de la importancia de los apoyos exteriores a la importancia de las motivaciones personales en la vida y conducta del muchacho.

Jamás se podrá eliminar el apoyo exterior; pero se llega a la plena madurez y libertad cuando ese apoyo se limita simplemente a transferir la responsabilidad al otro. Se trata de conseguir personas con unas motivaciones claras y con un fuerte sentido de la responsabilidad. Uno es libre en la medida en que es responsable; es decir, en la medida en que posee la capacidad de dar una respuesta válida a quienes debe.

Carta n.º 31

Educación en el amor a la verdad

El servicio fundamental de un colegio católico es la formación integral de los educandos, capacitándolos para pensar, querer y actuar según el evangelio. La educación integral exige el cultivo de todas las dimensiones y cualidades de la persona, subrayando aquellos aspectos que más pueden ayudar a madurar la personalidad del joven.

Frente a la crisis del humanismo moderno, frente a la crisis de identidad, de verdad y de sentido de la vida, frente al desarraigo de la libertad y frente al miedo al futuro, un colegio católico debe hacer tres firmes opciones preferenciales:

- opción por el respeto a la dignidad de la persona;
- opción por la verdad, fundamento de la libertad y de la justicia;
- opción por la evangelización de la cultura.

Estas tres opciones exigen adoptar un estilo propio de acción, una pedagogía personalista y cristiana. La preocupación de un colegio católico es favorecer el crecimiento del hombre. Todo lo demás, estructura, economía, servicios, métodos, debe estar subordinado a la persona del educando.

Al hablar de la opción por la verdad, de la que ahora tratamos aquí, no nos referimos a algo racionalista, intelectualista, es decir, a lo que en tiempos pasados caracterizó la educación. Hoy la pedagogía es integradora, globalizadora, total.

La opción por la verdad hay que inscribirla en el intento de dignificar a la persona del educando, privilegiando su interioridad. Toda crisis de verdad es crisis de calidad humana, de dignidad personal.

Hoy se habla mucho de la opción por la libertad y la justicia, pero no tanto de la opción por la verdad. Se da por supuesta. Pero en nuestros tiempos, en los que se carece de cimientos fuertes y se corre el peligro de construir sobre arena movediza, la atención a la verdad

no puede darse por supuesta. No hay libertad ni justicia sin verdad.

> "Hoy prevalece una concepción historicista del hombre, que relativiza los valores fundamentales y conduce a una primacía de la libertad sobre la verdad, de la práctica sobre la teoría, convirtiéndolas en absolutas. Su resultado es un relativismo ideológico y moral. La escuela católica está esencialmente al servicio de la verdad. Sólo poniendo como fundamento la verdad se puede construir una conciencia sólida. La verdad acompaña a la historia humana en todo su desarrollo" (Juan Pablo II).

El cambio cultural de nuestros tiempos es muy radical y acelerado. La enorme oferta de imágenes, mensajes, noticias, estilos de conducta... producen, sobre todo a los jóvenes, conmoción y desconcierto y les impide saber a qué atenerse.

El derecho a la verdad es uno de los derechos más puestos en tela de juicio en nuestro mundo. El Papa Pablo VI decía a los padres y educadores: "Vuestra tarea es ayudar a vuestros hijos y alumnos a descubrir la verdad".

Toda educación en la verdad presupone estas dos condiciones:

- Amar la verdad total y buscarla con todas las fuerzas. No la utilidad de la verdad, sino la verdad en sí misma. Amar y buscar la verdad es el mejor medio para no caer en una vida frívola ni en los numerosos tipos de esclavitud.
- Saber y confiar que podemos llegar a la verdad y, para ello, sometemos a la disciplina propia del que busca, ama y vive la verdad.

Todo esto fomenta en los educandos actitudes de apertura, de receptividad y de discernimiento. Hay que apreciar y valorar la verdad donde quiera que esté y cualquiera que sea su procedencia.

Educar en la verdad exige:

- Pensar la verdad, es decir, tener ideas claras, pensar con rigor, no sentirse ajeno a ninguna verdad, dar una respuesta seria y honrada a los retos de la ciencia y de la fe, a las situaciones sociales y políticas.

- Honrar y valorar la verdad, no acomodándose a cualquier principio ni compromiso. Quien tiene la verdad posee una fuerza enorme, capaz de transformar al hombre y al mundo.
- Decir la verdad, que es lo opuesto al disimulo, la astucia, la doblez. Educar para decir la verdad supone preparar al alumno en la firmeza, en el aguante y en el sacrificio.
- Practicar la verdad, actuando coherentemente con la verdad descubierta y acogida. Se practica la verdad con la propia vida y con las obras. Educar para la verdad es educar para dar testimonio.

La verdad es la base de toda relación humana. Sin verdad no hay auténtica libertad, ni justicia ni solidaridad. La verdad es el presupuesto indispensable para la comunicación entre personas y para una colaboración eficaz. Sólo desde la verdad es posible la auténtica democracia, la convivencia y el respeto.

Frente a los que interpretan fragmentariamente la realidad del mundo, frente a los positivismos científicos y los humanismos ateos, defender la verdad significa trabajar sin complejos en defensa de los valores primordiales humanos y cristianos.

Carta n.º 32

Dignificar y respetar a la persona

Vivimos en un mundo muy sensible a los derechos humanos y con un gran deseo de que se respeten en todas sus implicaciones. Pero por otro lado se constata una progresiva pérdida de la primacía del espíritu sobre la materia, de la persona sobre las cosas, de la ética sobre la técnica. No se tiene demasiado en cuenta el desarrollo armónico de la persona. De ahí la importancia que tiene en educación la opción por dignificar y respetar a la persona humana.

Se dan toda una serie de factores que están provocando la inversión de los valores y la disolución de los criterios y las conductas, todo lo cual fomenta ambigüedades y confusionismo.

Se relativiza la verdad, la bondad, la fidelidad; se absolutiza la política, la economía, la sexualidad; se silencia la gratuidad, la trascendencia, la religión.

Todo esto lleva a un proceso de deshumanización, por lo que la escuela debe empeñarse en recuperar al hombre, su interioridad, su responsabilidad, su felicidad. No tanto debe reivindicar derechos, como interesarse por la calidad de la vida humana.

Se trata de posibilitar al niño, al adolescente, al joven, que escuchen la voz interior que resuena en cada uno, y que estén atentos a los verdaderos valores que han de guiar su vida.

Dignificar a la persona es alimentar su hambre de ser sobre la de tener: de ser más, de saberse único e insustituible en su quehacer en la sociedad. Y como cristiano, recordarle que es alguien eternamente elegido y llamado por su nombre.

Dignificar a la persona es llevar al educando hacia su propio centro interior. Quien cultiva su interioridad cultiva la rectitud y la disponibilidad, y posee una personalidad fuerte, capaz de resistir a los relativismos que debilitan; capaz de criticar los falsos humanismos; capaz de desenmascarar las múltiples idolatrías; capaz de resistir el atractivo del poder, la ambición y el placer.

Una adecuada educación debe llevar a cada uno a responder con generosidad a su vocación en la comunidad humana y cristiana.

Al optar por la dignificación de la persona, debemos asignar un lugar preferente a los que más necesitan ser dignificados: los pobres, hombres y alumnos concretos que sufren pobreza cultural, material, social, cívica, afectiva, intelectual...

Hay que tener una solidaridad mayor. Nuestro Ideario nos lo pide:

> "Favorecemos y desarrollamos el espíritu de solidaridad" (n.º II). "Favorecemos a los más necesitados" (n.º 12). "Utilizamos los estímulos que favorecen la formación en la solidaridad" (n.º 12).

Carta n.º 33

Libertad de superación

Toda educación verdadera debe ser una preparación para la vida, una ayuda para adquirir un estilo de vivir propio, una preparación para una vida feliz.

Preparar al niño para la vida es prepararlo para un futuro imprevisto, un futuro especialmente cambiante, imprevisible y en constante aceleración histórica. Prepararlo para la vida es prepararlo para el cambio. Y para que él pueda enfrentarse mañana con inteligencia y libertad a los cambios, nosotros no debemos oponemos hoy sistemáticamente a toda transformación; aunque tampoco aceptarla indiscriminadamente.

Preparar para el futuro es preparar para la libertad, desarrollando la propia libertad. Educar equivale a madurar la personalidad, y esto es una tarea de libertad humana.

Libertad es un concepto muy amplio y complejo. Hay una libertad de superación, que consiste en libramos de todo aquello que nos ata, que nos impide realizamos. El hombre es un ser actualmente inacabado, que ha de terminar de hacerse, y que se hace realizando una tarea con sentido, inteligencia, autonomía y responsabilidad. El hombre se hace dándose, y esto no es posible sin autodominio, sin servicio a los demás. Ser libre es ser señor y dueño de sí mismo para servir mejor a los demás.

Para alcanzar todo esto, es necesario superar lo que impide ese autodominio. Los impedimentos son numerosos: falta de formación, de información, de medios de expresión. Solemos estar influidos por la técnica, por las pseudonecesidades de una sociedad de consumo, por un mal uso del descanso y tiempo libre.

Son influencias negativas.

Cada persona, además, está condicionada por un ambiente propio que limita su desarrollo personal. Conocer esas limitaciones es el primer paso en el proceso de superación. Aceptar esas limitaciones es el siguiente paso para aprovechamos mejor de lo que nos ofrece el

entorno.

Además, cada persona debe ir descubriendo en su interior muchas limitaciones para su desarrollo personal. Estas limitaciones se suelen agrupar tradicionalmente en tres bloques:

- No saber: no saber estudiar, trabajar, terminar bien lo que se hace, opinar, expresarse, elegir, decidir, escuchar, ayudar, rectificar...
- No tener: no tener voluntad, iniciativa, gusto, amigos...
- No ser: no ser ordenado, constante, puntual, respetuoso, comprensivo, exigente, generoso...

Conocer las propias limitaciones, aceptarlas y establecer un plan de trabajo personal para superar poco a poco algunas de ellas es el primer paso para crecer.

Carta n.º 34

La libertad es una conquista personal

La libertad es una conquista personal cuyo resultado final es la madurez humana. Esta conquista tiene tres elementos importantes: saber elegir, saber decidir y saber ser consecuente después Porque no basta con la elección y la decisión, es necesario llevar a cabo lo decidido.

Es muy importante enseñar al alumno a elegir y decidir entre varias posibilidades. Ser muy reflexivo es bueno, pero con tal de no quedarse en el propio pensamiento, sin pasar nunca a la acción. También hay personas que, al contrario, pasan precipitadamente a la acción, sin suficiente elección y decisión previas.

Educar al alumno consiste en ayudarle a superar los obstáculos internos y externos, para que pueda elegir y decidir correctamente y ser luego consecuente con lo decidido.

Frente a los obstáculos internos y externos tenemos que enseñar al alumno a ver lo que puede hacer con lo que es y con lo que tiene, apoyándose en sus puntos fuertes. Siempre puede crecer en la libertad en el ámbito de su autonomía.

La *libertad* no es la descarada manifestación de cualquier tipo de impulso que sintamos. Tampoco consiste la verdadera libertad en hacer lo que nos dé la gana y cuando queramos. La libertad es capacidad de elección, y para tener esta capacidad hay que poseer previamente ciertos conocimientos y destrezas.

La *libertad* no consiste sólo en elegir y decidir lo que hemos de hacer, sino también en realizar lo que hemos decidido. Lo propio de un ser libre es el compromiso.

La *libertad* se conquista ejerciéndola, realizando algo, haciendo, trabajando. Cada persona debe descubrirse a sí misma, siendo ella misma en todos los ámbitos de su vida. Educar es formar esta actitud activa y positiva frente a sí mismo y frente al trabajo: "A mayor conocimiento y dominio de sí mismo, mayor libertad".

Cada persona ejercita su libertad buscando un sentido a su vida, a su libertad, sabiendo en qué va consistiendo su libertad para, descubriendo que está llamado a aportar algo, a ser generoso, a estar disponible.

Cooperar con el alumno en la conquista de su libertad es educarlo, ayudarle a adquirir lo que necesita para que desarrolle su personalidad humana. Hablar de libertad, de amor a la libertad, es hablar de una de las mayores riquezas de nuestra fe cristiana.

Como los educadores estamos comprometidos en esta educación de la libertad, debemos empezar por tener nosotros mismos lo que deseamos ver hecho realidad en nuestros alumnos. Nos educamos juntos, unos con otros.

Carta n.º 35

La autoridad en revisión

Hay un dato sociológico que tiene una enorme incidencia en la educación: la autoridad está en crisis, en revisión.

El papel de la autoridad es muy importante en la educación. Desde muy pequeño, el niño necesita una autoridad que le dé seguridad y ternura y le ayude a salir de su egocentrismo abriéndolo al mundo de los otros.

La autoridad debe considerarse como una relación interpersonal basada en el respeto y el amor mutuos. Sin autoridad, el niño se vuelve caprichoso, voluble e inseguro. Se hace el centro de atención y todos tienen que servirle y doblegarse ante él.

La *autoridad autoritaria* es tan funesta como la carencia de autoridad. Educar autoritariamente es fomentar, a través del miedo, el espíritu de sumisión, el servilismo. Así se consiguen personas sometidas, autómatas, sin creatividad ni iniciativa.

No hay que olvidar que la severidad amable es posible, y que es más provechosa que la severidad a secas. Cierto que es difícil saber conjugar autoridad y libertad en la formación de los chicos. Pero conviene recordar que el amor facilita mucho ese saber conciliar la autoridad y la libertad en la educación. El amor hace que el niño se abra al mundo de la autoridad y al de la libertad responsable.

Es falsa esta alternativa: o autoridad dictatorial o carencia de autoridad. El verdadero fundamento de la autoridad es el prestigio moral y el ascendiente del que manda.

El educador autoritario dictamina lo que conviene a los alumnos, y no deja opción a otros proyectos. El educador que tiene autoridad tiene en cuenta las necesidades de los alumnos y fomenta su desarrollo peculiar e individual.

El autoritario:

- ve las relaciones humanas y personales bajo una perspectiva jerárquica;

- despersonaliza la relación humana y exige ser tratado de acuerdo con sus derechos y privilegios;
- es intolerante siempre que las opiniones de los demás no coincidan con las suyas;
- actúa en su intimidad de forma muy distinta que en público;
- es rígido, inflexible, y se permite agresiones verbales e incluso físicas.

Se suele decir que existen tres climas grupales:

- el clima autoritario,
- el clima democrático
- el clima anárquico.

1. *Clima autoritario*. Los criterios para evaluar la actividad de los demás los marca el que manda: los demás están abajo. El ambiente existente está cargado de temor y dependencia. Hay que obedecer porque sí, y la disciplina es férrea e inflexible. La conducta espontánea y libre es calificada de libertina. El chantaje afectivo es la regla, aunque el maestro autoritario intenta alianzas con los alumnos para reducir su propia ansiedad. La eficacia es notable, pero la satisfacción subjetiva muy escasa.

2. *Clima democrático*. Es el propio de una autoridad racional. La libertad es bastante real; al menos existe el derecho a expresar uno sus propias ideas y sentimientos. Se exige una conducta responsable y respetuosa. El amor tiene gran importancia: un amor que no es posesivo, sino relación individual, personal.

No se valora sólo el resultado material, sino también el proceso de trabajo. Este educador no trata de dominar y someter, sino que en él predomina el sentimiento de solidaridad. No es un inspector, sino un colaborador superior que ayuda al desarrollo personal del educando.

3. *Clima anárquico*. No hay que confundir éste con el clima democrático. En los climas anárquicos no hay realmente autoridad que permita y fomente la libertad de los miembros del grupo. El lema en este tipo de educación es "haz lo que quieras, y el educador (?) se convierte en un lejano consejero que proporciona información cuando se lo solicitan.

La palabra autoridad, palabra hermosa y llena de sentido, puede llegar a ser una palabra fea o una palabra en desuso. Hemos de recuperarla en su significado más profundo. Porque la autoridad satisface necesidades básicas del niño: la seguridad, la estabilidad y la aceptación de sí mismo. El educador debe trabajar para cubrir en el educando estas tres necesidades.

Carta Nº 36

Valor de la autoridad en educación

Había un proverbio en la cultura romana que decía*: Naves et pueri per popam reguntur* (Los barcos y los niños se gobiernan por la popa). Más tarde se diría: *La letra con sangre entra*. Las posturas educativas suelen oscilar, a lo largo de la historia, pendulando hacia los extremos. De la excesiva dureza y autoritarismo se pasa a la indulgencia miedosa.

Autoridad ha llegado a ser, casi, una palabra fea. Por el mal uso que se ha hecho de ella, la autoridad se ha confundido a veces con conceptos corno autoritarismo, arbitrariedad, abuso de poder, dogmatismo, totalitarismo.

La autoridad no es eso; pero tampoco se trata de suprimirla sustituyéndola por una condescendencia absoluta, con la que el niño no llegaría a liberarse, sino a sentirse confuso y desorientado.

El valor de la autoridad es siempre actual. Para que el niño adquiera seguridad, necesita un cierto grado de autocontrol y la formación de determinados valores. La condescendencia absoluta no le facilita la creación del autocontrol ni la de los valores.

La consecuencia más funesta de la abdicación de la autoridad es la inseguridad e inestabilidad que crea en el niño. Éste no es inicialmente responsable, ni libre, ni altruista, ni constante ni objetivo. Por naturaleza, el niño es todo lo contrario. Para inculcarle aquellos valores, se requiere la autoridad acompañada del ejemplo.

La experiencia personal de los educadores puede provocar una abdicación de la autoridad: "No quiero hacer sufrir a mi hijo como me hicieron sufrir a mí; "Quiero que mi hijo tenga todo lo que yo no pude tener"; "Si sólo veo a mi hijo dos horas al día, no voy a reñirle ni quitarle sus gustos.

El auténtico amor nunca puede ser pura condescendencia. Algunas normas concretas en el ejercicio de la autoridad:

- Exigir respeto. Expresar honestamente normas, orientaciones y sentimientos, respetando también los sentimientos y deseos

del educando. En un clima de respeto mutuo, un educador puede mantener el control sin necesidad de ser tiránico.

- Saber decir no. Y saberlo decir desde el comienzo; y al niño pequeño y al mayor, aunque a éste con más razonamientos.
- Dar pocas órdenes. Pasarse todo el día diciendo lo que tiene que hacer el alumno es el mejor sistema para perder la autoridad. Además, esta actitud desconcierta y llena de ansiedad al niño, que acaba por desentenderse.
- Cuando se ha dado una orden, exigir siempre su cumplimiento. No deben darse órdenes que no se pueden cumplir o cuyo cumplimiento no se está dispuesto a exigir.
- Dar libertad paulatinamente. Una cierta tensión unas veces y una cierta flexibilidad otras son normales y deseables. Las posturas inflexibles no son signo de fuerza, sino de impotencia y debilidad.
- No ejercer la autoridad por egoísmo. Al mandar, siempre hay que tener en la mente el interés del niño. Los autoritarios son personas inseguras, egoístas, que refuerzan su precaria seguridad personal abusando de poder.
- Predicar con el ejemplo. Gran parte de la autoridad se pierde por falta de autenticidad, por incoherencia entre las palabras y los hechos, por la mentira y la hipocresía.

Carta n.º 37

Los católicos y la educación en España, hoy

El Consejo General de la Educación Católica de España publicó en 1990 un importante documento: *Los católicos y la educación en España.* Su publicación vino motivada "por el cambio social acelerado que afecta profundamente al mundo de la educación escolar, y por la importancia de la aplicación de la nueva Ley de Educación". Es un documento conciso y denso, pero de fácil lectura, que intentaré resumir.

1. La situación de la educación escolar en España invita a una reflexión crítica y creativa de los católicos en el tema de la educación.

2. La sociedad española tiene que adquirir plena conciencia de la existencia y trascendencia de los actuales problemas educativos. La educación es la mejor inversión que puede realizar un pueblo.

3. La Iglesia española tiene ante sí el reto de procurar por todos los medios esa formación integral del hombre que ella proclama. Pero ésta no se dará si no se cumplen los postulados fundamentales del proyecto educativo cristiano: derecho de todos a la educación, igualdad de oportunidades, libertad de enseñanza y libertad religiosa.

4. La acción pastoral de la Iglesia en la escuela se sitúa en el conjunto de su acción evangelizadora y educativa. Cuando la Iglesia evangeliza, educa; y al educar, ilumina a la persona en todas sus dimensiones.

5. La comunidad de los creyentes no puede desentenderse de la formación del hombre, de su educación en general, de su educación en la fe en particular.

6. La escuela es la institución educativa por excelencia; complementa a la familia. La escuela tiene ante sí el reto de humanizar la vida. La escuela debe estar en el corazón de cada uno de los cristianos. Con una escuela mejor, más centrada en los auténticos valores humanos y cristianos, podemos construir un mundo más pacífico y solidario.

7. Toda la comunidad cristiana tiene que sentirse tocada en sus fibras más hondas por cuanto concierne a la educación escolar. Prescindir de una educación escolar adecuada o no valorarla suficientemente es renunciar a un medio fundamental para conseguir la civilización del amor.

8. Los maestros cristianos, conscientes de su misión en la escuela, han de considerarla como una vocación no sólo humana, sino cristiana; han de hacer de la coherencia entre su vida y su fe el principal testimonio de la fe que profesan; han de sentir la ayuda efectiva de la comunidad cristiana ante el aislamiento y la oscuridad de un trabajo que siembra y no recoge.

9. Los padres cristianos han de valorar la enseñanza religiosa escolar como parte integrante del proceso educativo de sus hijos.

10. La escuela católica no puede ser una cosa indiferente para ningún católico. La escuela católica forma parte de la Iglesia. Su mejor o peor funcionamiento mejora o empeora el apostolado de la Iglesia. Las dificultades que atraviesa hoy la escuela católica deben ser sentidas y vividas por los creyentes como dificultades de la misma Iglesia.

11. La unidad produce eficacia y credibilidad en los creyentes, pero exige actitudes de igualdad y complementariedad.

12. Los obispos tienen la responsabilidad última de evangelizar la escuela y de exigir, desde la Iglesia, que la escuela sirva para la formación humana del hombre. Han de estimular la dignidad y calidad de la educación escolar, tanto pública como privada, reclamando la verdadera libertad de enseñanza y expansión de la escuela católica, y la atención y defensa de los educadores cristianos.

Carta n.º 38

Educar para la libertad y el amor

La Asamblea general de la OIEC (Organización Internacional de la Educación Católica), celebrada en Dakar en 1990, estudió el tema *Cómo educar para la libertad y el amor*, como contribución de la enseñanza católica al desarrollo cultural de los pueblos. Los dos dossieres teóricos preparatorios al estudio del tema fueron: "El espíritu de libertad y de amor, fermento cultural" y "Educar en la escuela para la libertad y el amor".

El estudio es un intento de poner al día, pedagógicamente, el artículo 8.° del documento *Gravissimum educationis momentum*, del Concilio Vaticano II, en el que se afirma que "lo propio de la escuela católica es crear para toda la comunidad escolar una atmósfera animada del espíritu evangélico de libertad y caridad".

Libertad y amor son difícilmente disociables en el contexto pedagógico. A la vez, la libertad y el amor expresan el corazón mismo de la vida cristiana. La libertad y el amor contribuyen al nacimiento de una "civilización del amor", según expresión del Papa Pablo VI.

El poeta escribía que todo hombre "sueña amor y libertad".

Estos dos conceptos pueden, sin embargo, estar considerablemente distanciados. Muchas veces, en efecto, divergen las ideas, las actitudes y las costumbres de la sociedad sobre la libertad y el amor, y las ideas de las familias y las nuestras propias.

Libertad y amor son dos conceptos indisociables. Jean Guitton afirmaba que "Educar es liberar y enseñar a amar".

Afirmarse libre y reconocerse dependiente de Dios y de los otros hombres son los dos grandes polos de la acción educadora. No hay que pensar sólo en el uno o en el otro. No hay contradicción entre *depender y ser libre*. La libertad sin ninguna dependencia no es la verdadera libertad del hombre: "La libertad de los cristianos es la libertad de la vela: atada al barco, ofrecida al viento" (Gil Cesbron).

Hay que enseñar a aprender la libertad y el amor. Es la educación fundamental. No hay muchos objetivos en la empresa de la

educación, sólo hay uno: el amor libremente escogido. Todo debe estar dirigido a este fin.

Educar la libertad orientada hacia el amor es lo propio de la escuela cristiana, que asegura una educación integral.

En un documento del episcopado belga sobre lo específico de la escuela cristiana se dice:

> "La escuela debe enseñar al niño a dar, a todo lo que hace, su sentido último, que es el amor. Por la enseñanza que se le da, el niño debe descubrir que la misión propia del hombre es una misión de amor, lo cual supera en mucho el rendimiento material y el éxito social, que dejan insatisfecho".

Carta n.º 39

La verdad os hará libres

Comenzar un nuevo curso es reemprender nuestra vida profesional de enseñantes y educadores, volver a encender la ilusión de un trabajo totalmente humano. Porque la materia de nuestro trabajo es una persona a quien queremos y a quien deseamos ayudar en su crecimiento integral. El niño y el adolescente son para nosotros un estímulo, una esperanza en la que debemos creer y a la que debemos amar. Ellos son los protagonistas principales de nuestro quehacer docente y educativo, y nosotros estamos a su servicio. Es una tarea más vocacional que profesional, sobre todo si, además, queremos educarle en la fe.

Educar en la verdad es uno de los objetivos de toda educación cristiana. Por eso el lema La verdad os hará libres es propio de todo colegio marianista.

Educar en la verdad exige educar

- en el diálogo;
- en la tolerancia y la apertura;
- en la comprensión;
- en el sentido crítico;
- en la sinceridad y la franqueza.

Buscar la verdad, vivir la verdad, manifestar la verdad frente a los exclusivismos, las cerrazones, las esclerotizaciones, las intransigencias, es un camino que se debe hacer con disciplina personal. Aceptar y vivir la verdad "venga de donde venga" es un estilo de vida, una vocación, un hábito a adquirir durante toda la vida.

Educar para la verdad exige:

- Pensar la verdad, tener ideas claras, formar la conciencia, no sentirse ajeno a ninguna verdad, dar una respuesta seria y honrada a los retos de la ciencia y de la fe y a las situaciones sociales y políticas, saber criticar los acontecimientos e informaciones que nos llegan.

- Valorar la verdad, que nos hace libres en la medida en que la profesamos sin respetos humanos. No acomodarse a cualquier principio ni compromiso. Estar convencidos de tener consigo la fuerza que transforma al hombre y al mundo. Huir de toda ambigüedad.
- Decir la verdad, que es lo contrario del disimulo, de la astucia, de la doblez. Hay que preparar al alumno en la firmeza, en el aguante y en el sacrificio. Ser franco en la verdad es no buscar ventajas y estar dispuesto a sufrir perjuicios.
- Practicar la verdad, es decir, actuar coherentemente con la verdad descubierta y acogida. Se practica la verdad con la propia vida y con las obras. Educar en la práctica de la verdad es educar para el testimonio.

Carta n.º 40

La personalización educativa

Vivimos en una sociedad dominada por el miedo, el pragmatismo, la mentira, el individualismo. Todos ellos son factores que despersonalizan. Nos vemos insertos en un mundo en el que cuesta ser uno mismo, en el que es difícil vivir la verdad y defenderla, y tener sentido solidario. Por eso, hoy más que nunca es preciso que todos los niveles educativos sean personalizados, para ayudar al libre desarrollo de los seres humanos.

Para llevar a cabo un seguimiento comprensivo del alumno, evitando así reducirlo a unos datos anónimos carentes de un aliento personal, es muy importante tener en cuenta las situaciones personales de cada individuo. No se puede evaluar, en ningún aspecto, a ninguna persona sin tener en cuenta la realidad de cada uno.

La personalización educativa es imprescindible si queremos educar en valores fundamentales humanos y cristianos.

La escuela y la educación deben intentar superar el impacto despersonalizador de la sociedad, que modela la mente, los sentimientos y los hábitos del muchacho, haciendo de ellos unos entes masificados, consumistas y pragmáticos.

Hoy, nuestros alumnos son muy individualistas, muy subjetivos, producto de la sociedad consumista y pragmática en que viven. Todo el esfuerzo del educador debe centrarse en afirmar valores como la solidaridad, la capacidad de salir de sí mismos, la verdad por encima de los contravalores que la sociedad propugna. Descubrir y ayudarles a descubrir los elementos personales, auténticos y originales de su personalidad es un trabajo educativo importante.

No educaremos personalizando si, a la vez, no ayudamos al niño a aumentar la confianza en sí mismo, a autoestimarse, a superarse, a luchar por la búsqueda de la verdad, a tener esperanza en el futuro.

Para encontrarse a sí mismo, para encontrar la. verdad, hay que educar en la escucha a los demás, en saber aceptar la realidad y la verdad del otro, de su vida, de sus formas de actuar y sentir. Corno

dice Karl Rogers: “Siempre nos construimos con los demás”.

El ser humano no es una máquina, sino que debe descubrir el sentido de su propia vida, la orientación hacia lo que es justo, bueno y verdadero. Para ello es necesario poseer una escala de valores corno base de convivencia, de estima, de respeto, de búsqueda de la verdad y este quehacer es propio del educador.

Carta n.º 41

La personalización

La personalización debe comenzar por uno mismo. Lo que real y verdaderamente podemos ofrecer a los alumnos en el colegio no es otra cosa que nuestra propia persona. Cada vez es más importante y efectivo el intento de relación personal, de impacto personal.

Esto exige respeto hacia nosotros mismos y un cultivo continuo de nuestra escala de valores y de nuestro sentido de la vida. Educamos desde nuestra personalidad. Y una personalidad inmadura y mediocre, que no valora las posibilidades de la relación interpersonal o las dificulta, difícilmente puede educar bien.

El educador debe respetar y debe tener muy en cuenta al otro, al "existente concreto", tal como es y lo tenemos: este muchacho irrepetible, con su evolución personal y su historia propia, con su familia, su entorno y sus demás circunstancias.

Por otra parte, lo que realmente educa y nos debe interesar para personalizar en educación es la globalidad del proceso educativo del alumno, el conjunto del muchacho y el muchacho mismo.

Son los pequeños detalles los que nos permiten valorar los elementos importantes de la vida diaria. Lo que vivimos cada día son detalles: la relación con los demás, el trabajo, la convivencia. El detalle, lo pequeño de cada día, lo posible, eso es lo que tenemos que educar, no los grandes planteamientos y teorías, que muchas veces son pura huida de lo real y concreto.

La limitación personal del educador y la del educando, el número de alumnos, las dificultades familiares del muchacho, las dificultades de su entorno social, son elementos a tener en cuenta; no para restar ideal e ilusión, sino para trabajar con realismo. Lo importante es la voluntad personalizadora del educador.

Un peligro y una tentación del profesor-educador es ocuparse "sólo" de los más dotados intelectual y humanamente, y olvidar" a los menos dotados, empleando incluso con éstos formas y actitudes de rechazo o de exclusión. El alma de artista del educador ha de

manifestarse sobre todo con éstos, a quienes hay que ayudar y buscarles soluciones personalizantes que favorezcan su evolución y crecimiento humano.

Carta n.º 42

Dejar ser

Todo educador debe recordar y entender que "el mayor bien que podemos hacer a los otros no es tanto comunicarles nuestra riqueza, sino ayudarles a descubrir la suya" (Lavelle). *Dejar ser*, dar prudente libertad, permitir cierta autodeterminación en aspectos que el alumno es capaz de llevar por sí mismo, favorecer una regulada actividad espontánea y expresión libre, es ventajoso para una educación verdadera y respetuosa de la persona[1].

Los padres y educadores tenemos un enorme poder sobre los niños, al vemos éstos más grandes, más fuertes, más inteligentes, más competentes. Por otra parte, el niño nos reclama muchas cosas: protección, amor, ternura, seguridad. Lo que no podemos hacer es utilizar nuestro poder para manipular al niño.

El poder y los métodos autoritarios no persuaden ni convencen, por tanto no educan ni motivan al niño. Dar amor y brindar acogida supone siempre la gratuidad de unos educadores que dan sin esperar, que ofrecen lo que son y lo que tienen sin poner condiciones.

Esta actitud del educador no significa la renuncia a exigir una serie de pautas ejemplares; pero siempre desde la serenidad y el equilibrio. No podemos exigirles conductas exageradamente perfectas, sumamente ajustadas a lo establecido. Con los educandos hay que saber utilizar unos márgenes prudentes, *dejándoles ser*, ampliando paulatinamente su campo de acción, su deseo de aprender, sus ganas de descubrir. Así fomentamos en ellos una actitud abierta y positiva para el buen desarrollo de su personalidad.

Una de las prácticas más estimulantes en el proceso de educación de los muchachos es la forma activa de escucharles. Saber escuchar con atención, dedicándoles tiempos oportunos, dejándoles manifestarse como son, favorece el acercamiento y el encuentro educativo entre padres e hijos, entre educadores y educandos.

---

[1] Cf. Manuel Iceta, Dejar ser, Ediciones SM, Madrid 1984.

Hay que abrir cauces para dejarles ser, para que se manifiesten como son. Ahora bien, este movimiento solamente es posible en un clima de respeto y de tolerancia. Nunca debemos olvidar que son ellos mismos los que tienen que ser capaces de afrontar la aventura de su crecimiento y personalización. Reemplazarlos en este quehacer no es ayudarles, sino entorpecer su maduración.

Carta n.º 43

Dejarse poseer por la verdad

El filósofo Xabier Zubiri escribía en *Naturaleza, historia y Dios* que la sociedad actual se halla en una situación crítica de desorientación, desconcierto y atonía, por haber tomado como ideal *poseer verdades* en vez de *dejarse poseer por las verdades*.

De esta orientación posesiva de la sociedad derivan unas consecuencias importantes para la educación:

- existe un desmesurado afán de *tener*, en detrimento de *ser*;
- crece la indiferencia ante ciertos valores que en épocas pasadas daban sentido a la vida;
- mengua la sensibilidad ante lo trascendente y absoluto;
- prevalece excesivamente la imagen de las cosas sobre la realidad de las mismas;
- las generaciones más jóvenes experimentan una profunda decepción, y buscan nuevas salidas por rutas equivocadas;
- baja el interés por encontrarle un sentido profundo a la vida.

Los niños y los jóvenes están sometidos hoya un bombardeo constante de toda clase de impresiones y manipulaciones. Son tan dispares las orientaciones que reciben, que sufren un gran desconcierto y confusionismo. La única solución a ese mal es descubrirles la riqueza del humanismo cristiano, ahondando con ellos en las raíces del mismo.

Hoy más que nunca, el educador debe tener una gran confianza en los valores de este humanismo, y debe ofrecerlos como "ideales" a los jóvenes.

Esto nos exige ser creativos, y enseñar a los niños y jóvenes a ser creativos ellos mismos. Hoy se halaga mucho a la juventud, pero no se la orienta con entusiasmo a metas concretas. Mozart decía que le impresionó mucho que su maestro le dijera, cuando era niño, que *debía ser él mismo*, y no seguir los dictados de las modas.

En la sociedad actual, el gran enemigo de la creatividad es la manipulación. La creatividad nos ayuda a reaccionar contra las actitudes posesivas, afanosas de tener más: objetos, personas, grupos. La creatividad es un cambio total de mentalidad y actitud: frente a la mentalidad de tener más, frente al afán de dominar, hay que proponer el deseo del encuentro, el deseo de valorar lo que no es "poseíble" pero que puede dar sentido profundo a nuestra vida.

Son desgarradores estos versos de un joven:

"Gritamos hasta que el mundo se precipite sobre nosotros y se entere de por qué gritamos.

Somos la generación sin moral, porque somos sinceros.

Somos la generación sin ideal, porque ya no podemos creer en nada.

Somos la generación sin sentido.

Somos puro ser perdido en el vacío, una carcajada de angustia ante lo inefable".

Carta n.º 44

Educar desde la verdad

Educar desde la verdad, educar para la búsqueda y el amor de la verdad es una vocación y una finalidad educativa. Dicen los tratados clásicos de pedagogía que el maestro no debiera comunicar nada que no hubiese vivido antes, personalmente, hasta el fondo de las posibilidades creadoras que el tema ofrezca. Sólo convence aquello que es fruto de una convicción, fruto de un encuentro profundo del maestro con la realidad.

Hay un dato que todo enseñante-educador constata: los alumnos son muy sensibles y muestran una sorprendente capacidad receptiva siempre que se les explica algo desde la raíz del tema, y que ha sido pensado y vivido intensamente antes por el profesor-educador. Cuando uno cree en lo que dice, se hace fiable. La rutina, la mera exposición de los datos de un libro jamás entusiasma a los alumnos.

El protagonista del relato *Juan Salvador* Gaviota se propuso como meta desplegar al máximo sus potencias, asumiendo las posibilidades de vuelo que tenía a mano. Se esforzó en perfeccionar su formación, voló muy alto, y sólo cuando se vio en la cumbre ahondó en la verdad, volvió a los suyos para ser su instructor y comunicarles lo que había aprendido. De forma semejante actúan los protagonistas de El *Principito.*

El maestro es, por profesión y por vocación, un escudriñador de la verdad y un buscador de medios para comunicar a los demás la verdad descubierta. Su misión no se reduce a comunicar contenidos superficiales, sino lo más selecto de sí mismo, de su madurez personal, de su experiencia. Así es como adquiere profundidad y densidad la enseñanza-educación.

El maestro debe irradiar el entusiasmo que siente por los valores que vive y comunica. Hoy esto es más ineludible, porque vivimos en una sociedad que carece de ideales elevados y de convicciones éticas firmes, pero que, sin embargo, intenta ejercer sobre la gente una cierta forma de manipulación. Hoy más que nunca el educador debe seguir la recomendación de Goethe: "No tardéis en poner en juego las

fuerzas del bien". Necesitamos una formación sólida para ser servidores de la verdad y del bien. Debemos afirmar nuestra fe en la fuerza de la verdad y del bien.

Romano Guardini, al entregar a la imprenta el libro Una ética para nuestro tiempo, escribió: "Las siguientes reflexiones han surgido de la palabra hablada; y ésta fue recibida de tal manera, que demuestra que nuestro tiempo, a pesar de su excepticismo, anhela una interpretación de la vida diaria a partir de lo verdadero y eterno.. Y es que lo verdadero se defiende por sí mismo.

Ser testigos de la verdad, ser sensibles a todos los valores, preocuparse por el sentido del hombre, ser para ese hombre ejemplo vivo y coherente de lo que decimos, ésa es la vocación del maestro-educador.

Carta n.º 45

La autoestima

Cada vez se insiste más, en educación, en la enorme importancia que tiene para la persona la autoestima, conocerse, asumir su propia verdad existencial. Acercarse a sí mismo, penetrar en sí mismo, encontrar "su" verdad hace a la persona más comprensiva, más tolerante y abierta a los demás.

Carl Joung destacó mucho la importancia de la *reconciliación consigo mismo,* de tener desde niño una buena imagen de sí mismo. Todas las personas poseen un caudal enorme de riquezas en su interior.

Lo más maravilloso y válido en el mundo de la educación es el niño mismo, su vida y sus posibilidades de realización. Hay que respetarlo profundamente y valorarlo personalmente. Es una grave equivocación hacer de los niños y adolescentes unos pequeños adultos sin iniciativa, modelados a imagen de los mayores. Para que puedan crecer armónicamente y en autoestima, hay que aceptarlos y valorarlos como son, con sus virtualidades y sus debilidades, y darles la seguridad de que nos encontrarán siempre a su lado.

Un niño que no se autoestima vive insatisfecho, encerrado en sí mismo; le cuesta mucho cualquier relación humana constructiva, teme que lo conozcan y que vean sus errores, evita el rechazo de los demás.

Para educar en la autoestima hay que rodear a la persona de un ambiente de paz, de tranquilidad, de satisfacción por lo que es y por lo que vive. Hay que enseñarle a aceptar sus equivocaciones y pequeños fracasos. Equivocarse es humano, y no aceptar esto es síntoma de debilidad y de falta de conocimiento personal. El éxito y el fracaso son tan sólo circunstancias que no deberían afectar a la seguridad personal.

La verdadera autoestima la aprenden y la adquieren los niños en las actitudes de la vida diaria de sus educadores. De ese modo se va formando en ellos poco a poco, en su lento proceso de crecimiento, el sentido de la propia autoestima. Es muy importante que los educadores acepten al muchacho tal como es, con sus cualidades y

defectos. Cualquier rechazo nuestro, manifestado en gestos, palabras o actitudes, puede bloquear el crecimiento del niño. Nuestra aceptación incondicional del niño tal como es posibilita siempre una autorrealización favorable.

No se trata de educar al niño en una actitud idolátrica de sí mismo: el elogio exagerado y la excesiva autocomplacencia los vuelven consentidos y agresivos. Hay que educar basándose en la auténtica "verdad" del hombre. Conocerse bien y creer en sí mismo es el fundamento para alcanzar una plena maduración personal.

Carta n.º 46

La felicidad

El destino de todo ser humano, niño o adulto, es la felicidad.

Por tanto, la familia y el colegio deben ser unas instituciones educativas que ayuden a descubrir la verdad, sí, pero también que irradien bienestar. No se trata de algo accidental en educación, sino de algo muy importante y necesario. Que el ambiente familiar y colegial sea gratificante y feliz es condición primordial para realizar un trabajo de verdadera educación.

Vivimos en una sociedad competitiva, pragmática, en la que sólo se busca el éxito, la ganancia, el placer sin fronteras. Y ése es nuestro peligro: educar para el éxito, para tener más, para el goce ilimitado. Así no pueden ser felices ni el niño ni el hombre maduro. La nuestra es una sociedad poco generosa, no sabe dar gratis; es una sociedad enferma que genera individuos infelices.

El colegio debería ser un lugar en donde el muchacho pudiera hacer una síntesis adecuada entre trabajo y felicidad. Que el niño venga al colegio más o menos contento no es algo accesorio.

Se suele decir que el colegio empieza en el hogar de cada alumno. Sin duda, muchos fracasos escolares comienzan por la mañana en casa: tensiones, separaciones, falta de atención y cariño. Si la familia y el colegio fueran *una familia común*, quedarían abiertos muchos caminos para lograr una educación feliz y para la felicidad. Escribe Gregorio Mateu:

> "Para que nuestros colegios y familias sean educadores de felicidad, hay que cambiar la competencia por la cooperación, el distanciamiento profesor-alumno por una relación amistosa-educativa, la sospecha por la confianza, el consumismo por el crecimiento equilibrado".

Ésta es una constatación frecuente: mucha gente no es feliz.

Todos ansían la felicidad pero son pocos los que la encuentran.

Salimos fuera de nosotros para buscarla, y se encuentra dentro de nosotros mismos.

Educar para la felicidad es ayudar a los alumnos a que vivan alegres, contentos, con mucho gozo; enseñarles a que vean siempre el lado positivo de las cosas; a que contemplen y disfruten de la naturaleza, estimulando su creatividad; a convivir entre sí con la sonrisa abierta, con buen humor. En un ambiente así, tranquilo, estimulante, cordial, se favorecen mejor las conductas correctas.

En educación, la última meta es preparar a los muchachos para que sean maduros y felices. Un estilo educativo pesimista, falto de ilusión y esperanza, echa por tierra toda la pedagogía educativa.

Carta n.º 47

Dar sentido a la vida

La competencia y el éxito ocupan hoy un lugar muy alto dentro del sistema de valores en nuestra sociedad. Se cree que viviendo así es como merece la pena vivir, y que sin ellos carecería de sentido nuestra vida. La culminación de nuestra vida estaría, pues, en poseer muchas cosas, en alcanzar éxitos, en ocupar puestos altos, en triunfar por encima de todo y de todos. No se valora el crecimiento espiritual de los individuos. Gandhi afirmaba lo contrario: "Si un hombre crece espiritualmente, el mundo crece con él; si un hombre cae, el mundo cae con él.

Todo esto choca frontalmente con lo que tanto se habla de amor fraterno, sencillez, honradez, acogida, verdad, tolerancia, servicio, paz, como valores estimables. Es la permanente contradicción que sufren los educadores y que tanto confunde a los educandos: los distintos criterios que rigen en casa, en el colegio, en la calle y en la sociedad.

Esta contradicción crea en los niños un gran confusionismo, que los aturde y hace que no sepan a qué atenerse ni qué camino tomar. Los lleva a adoptar una postura por la que, según las conveniencias, aplican uno u otro criterio.

Si queremos educar en valores estimables, hay que subrayar que éstos sólo pueden emanar del interior del hombre y que no pueden ser impuestos a la fuerza. Hay que ayudar a los jóvenes a que encuentren dentro de sí mismos los valores que darán sentido a su vida. Los juicios que emitimos los mayores sobre la bondad o malicia de lo que se hace o se piensa influyen en la conciencia moral de nuestros educandos como estímulo positivo o negativo.

Lo importante es que el muchacho vaya elaborando un elenco de valores capaz de dar sentido a su vida. Si son libremente elegidos, serán fundamentales para su vida. Los educadores, padres y profesores, debemos ser acompañantes de este descubrimiento del niño. Nunca olvidemos que la mejor manera de ayudarles a clarificar los valores básicos es nuestra vida honesta, sincera, verdadera y consecuente, y que más que muchas palabras y discursos, lo efectivo

es el ejemplo. Como decía la antigua pedagogía: “El siervo ejemplo es más efectivo que la diosa palabra”.

Carta n.º 48

Educar al hombre

Nos encontramos inmersos en un mundo en crisis generalizada: crisis personales, crisis familiares, crisis laborales, crisis relacionadas con la edad, la salud, la estabilidad emocional... Pero, sobre todo, padecemos una fuerte crisis de identidad y de valores.

Para un educador, el hombre debe ser su primera preocupación, por encima de las estructuras, de los intereses, de las conveniencias u otras circunstancias. Lograr la salud del ser humano es el ambicioso objetivo de los que son responsables de la educación y formación de la sociedad. Ahora bien, la salud del ser humano está en conseguir un estado tal de libertad, de equilibrio físico y psíquico, de sentido de su vida, que le permita madurar integralmente.

El hombre es importante por encima de la máquina. Corremos el peligro de deshumanizamos entre tantas computadoras, tantas prisas y especializaciones. No debemos olvidamos nunca del gran milagro que es el ser humano.

Hay que revalorizar el concepto hombre, sus inmensos valores, sus incontables recursos y su enorme capacidad creativa. El ser humano posee dentro de sí todas las capacidades que le pueden llevar a la plena madurez. La misión del educador consiste en ayudar al educando a descubrirlas, a actualizarlas y a llevarlas a la práctica.

Para ello tenemos que aceptamos como realmente somos, asumiendo nuestra responsabilidad de seres humanos capaces. Nada hay en la vida y en la historia de una persona humana que quede al margen de su quehacer de personalización; ni siquiera sus conflictos, tensiones y fracasos. Todo hay que asumirlo apropiadamente, ya que todo puede ser una buena terapia para realizar un crecimiento armonioso y seguro del ser humano.

El hombre tiene que estar siempre por encima de todo. Educar es recrear, facilitar y potenciar la variedad de valores y recursos que todo ser humano posee dentro de sí mismo.

Estos principios son útiles en todo momento, pues el educador lo es en toda circunstancia: ser educador es una actitud, un talante interno permanente respecto al educando. Hay que estar continuamente humanizándose, para humanizar al alumno, para ayudarle a ser más hombre, más ser humano.

Carta n.º 49

El rendimiento escolar

Uno de los temas que más preocupan a los profesores, padres y alumnos es el *rendimiento escolar*. Gregorio Mateu, en *Educar para la felicidad*, da diez consejos al estudiante de bachillerato que desea mejorar su rendimiento escolar. Son igualmente válidos para todos los alumnos, aunque tienen una lectura y una explicación diversas en cada edad. Los resumo y comento.

- No estudiar para la clase, sino para la vida. No estudiar sólo para aprobar. Aun las materias más insignificantes sirven para la vida.
- Ser constante, dedicando las horas necesarias al estudio. Poco a poco se consigue lo que uno se propone. Hay que vencer la desgana inicial, y superar la pereza entrando de lleno en el estudio. Gota a gota llega el agua a perforar la roca.
- Descansar el tiempo debido y cuidar la salud para poder estudiar con energía. Controlar el sueño, las diversiones y las actividades.
- Tener una actitud de curiosidad intelectual, buscando los porqués de las cosas.
- No dejar materias atrasadas. En el estudio de las lecciones hay que ir al día. Hay que estudiar con regularidad, de una forma seria y continuada, no a golpes.
- Preguntar siempre que no se entienda algo: se deben aclarar todas las dudas.
- Arrancar de raíz la antipatía hacia ciertas asignaturas. Hay asignaturas que no entran porque no gustan. No es buen método rodear la montaña, hay que subirla. Las antipatías son siempre destructivas.
- Ampliar los conocimientos con lecturas complementarias. Buscar lecturas que ayuden al mejoramiento intelectual: esos

libros que nunca pasan de moda.

- Evitar las tensiones internas. El cerebro y el corazón tienen que estar siempre aunados. Es importante conocer y aceptar las propias posibilidades... y seguir adelante.
- Que el estudio sea un elemento importante en la vida del estudiante y en su horario personal. El estudio no es, ciertamente, el valor supremo de nuestra vida, pero es importante que ocupemos una buena parte de nuestra existencia en descubrir los grandes valores de la condición humana.

Es muy importante hablar a los alumnos del rendimiento escolar. Éste no se consigue con un pequeño recetario, que es lo que muchas veces se suele buscar y pedir perezosamente. El verdadero rendimiento escolar sólo adquiere fundamento real cuando se toman en serio el estudio y la vida del estudiante.

Carta n.º 50

Saber escuchar

Saber escuchar, saber dedicar tiempo a escuchar a los muchachos es un importante quehacer del educador: "Pueden amar los pobres, los locos y hasta los falsos, pero no los hombres ocupados".

Escuchar con atención, poniendo no sólo el oído sino todo el corazón en el empeño, es un arte que sólo conocen quienes valoran la comunicación humana. Los talantes prepotentes, las actitudes cargadas de seguridad u ofensivas, las respuestas previamente elaboradas bloquean todo diálogo constructivo.

El niño y el adolescente quieren comunicarse, aunque muchas veces no saben ni cómo hacerlo ni cuándo hacerlo. Hay que estar siempre abiertos a ellos, escucharles, invitarles a hablar, sin cansamos porque a veces se cierren y no quieran hablar.

El niño, el adolescente que se sabe escuchado toma conciencia de que es importante y sabe que le quieren. Escuchar es una bella forma de demostrar amor. Y cuando uno es escuchado, siempre siente un bienestar y un aumento de seguridad en sí mismo.

Los mayores, los educadores estamos acostumbrados a decir, a sermonear, a imponer, a juzgar, a amenazar..., siempre desde posiciones dominantes e infalibles.

El educador que sabe escuchar con atención y delicadeza crea un ambiente familiar y de bienestar, y ayuda al niño a desarrollar su propia personalidad.

Las actitudes básicas para escuchar de forma activa son:

- escuchar lo que el niño y el adolescente dicen, no lo que nosotros queremos oír;
- aceptar los sentimientos y reflexiones del niño y del adolescente, sin criticarlos porque choquen con los nuestros;
- ver al niño y al adolescente como una persona única, irrepetible, con su vida propia, su identidad, sus proyectos;

- ponerse en el lugar del niño y del adolescente, intentando ver el mundo de la misma manera que ellos lo ven.

El educador abierto a los niños y adolescentes en un diálogo sincero y cordial es una ayuda muy eficaz para su crecimiento personal. Es cierto que el niño y el adolescente han de aprender a disciplinarse y que deben mantener actitudes ejemplares. Hay que hablarles con claridad, decirles las cosas como son, pero si esto lo podemos hacer en diálogo y desde el diálogo, los efectos serán más duraderos. Saber escuchar es un arte y un gran medio para educar.

Carta n.º 51

Educar en la autodisciplina

Algunos piensan que el orden ha pasado de moda en el que hacer educativo. Tienen razón si se refieren a un orden cuartelero o a una disciplina inflexible. Estas actitudes educativas siempre son rechazables. Pero cuando el orden moderado es un valor que favorece el equilibrio, la buena y formativa convivencia, el respeto a los demás y la seguridad, las cosas cambian.

Lo importante es *educar en la autodisciplina*. Escribe un autor: "La mitad de la vida es disciplina, y ésta es decisoria, pues sin ella no se sabría por dónde empezar". El orden, unas reglas de juego claras, un horario, un sano clima de exigencia son elementos imprescindibles en un centro educativo. Hablamos de un orden flexible y razonable que ayuda a crecer bien y sin traumas.

No de un orden duro, rígido, que favorece la agresividad y la intolerancia. Tampoco de una permisividad sin fronteras que vuelve a la gente caprichosa, violenta y mal educada.

Este ambiente de orden y disciplina no se consigue solamente con normas y leyes emanadas *de arriba*. Es una práctica diaria exigida y vivida por todos: o todos contribuyen a la buena marcha o se consigue muy poco.

Hay que educar al niño en la *autodisciplina*, acostumbrándole a que actúe según un orden, como parte fundamental de su quehacer. Al final, ese estilo de vida formará parte de sus esquemas mentales, y lo practicará con naturalidad, sin violencia ni imposiciones.

La autodisciplina es un hábito que se adquiere vivencialmente desde muy niño y que tiene repercusión a lo largo de toda la vida. El orden y la disciplina posibilitan el trabajo escolar y la convivencia en las relaciones sociales y escolares.

Es un arte la llamada "suave severidad", conceptos, sin duda, difíciles de conjugar. Los educadores de humor cambiante, los caprichosamente exigentes, los que se dejan llevar por el humor del momento son incapaces de educar provechosamente en el orden y de

ayudar a crear el hábito de la autodisciplina. ¡Normas claras, precisas, adecuadas! Y que los que las imponen y exigen actúen de acuerdo con ellas.

Orden, disciplina y exigencia en un ambiente de espíritu de familia dan gusto y sentido a todos los quehaceres educativos y favorecen una educación en la autodisciplina.

Carta n.º 52

El consumismo

Vivimos en una época en la que lo importante es la magnitud y la cantidad. Se ha escrito que nos inunda la *cultura de la exageración*: hipermercados, grandes estadios, discotecas con mucho ruido. Como si la vida no tuviera consistencia por sí misma y tuviera que abrirse camino entre avalanchas de impresiones visuales, acústicas, sensoriales. Se está perdiendo, en todo, el sentido de la medida.

¡Qué difícil es hoy detenerse, quedarse en silencio, observar con calma lo que pasa a nuestro alrededor! ¿No estaremos amontonando tantos objetos, ruidos e impresiones sensoriales para camuflar nuestro vacío interior, para llenar nuestra soledad, para no enfrentamos con nuestras carencias interiores?

El hombre de hoy no se siente satisfecho con el lote de felicidad que le ha tocado vivir. Valoramos más lo que no poseemos que lo que tenemos. Y en último término, la felicidad no es un problema de cantidad, sino de calidad.

El error está en que creemos que, cuanto más rodeados estamos de abundancia, más somos "nosotros mismos". Pero es todo lo contrario: las abundancias son un engaño, un aturdimiento. Cuando acertamos a poner nuestra felicidad en cosas simples, pequeñas, somos más felices. La felicidad no está en la abundancia ni en las promesas ilusorias del futuro; la felicidad está dentro de mí y en mi presente. Un autor escribe que la felicidad no es una meta hacia la que se camina, es un modo de caminar.

Lo más trágico es que rompemos yugos para buscar la felicidad, y al momento nos colocamos al cuello otros yugos. Siempre hemos caído los hombres en la tentación de fabricamos ídolos ante los que arrodillamos, porque nos prometen la felicidad.

Los grandes ídolos colectivos de nuestra época son el dinero, el poder y el sexo. Ídolo es algo a lo que considero superior a mí, que tiene poder sobre mí y a los que sacrifico muchas cosas.

El sistema económico de nuestra sociedad necesita crear ídolos: sólo a través de ellos aumenta el consumismo y se asegura el sistema.

Postrarse ante estos becerros de oro tiene su coste. Porque pensamos según somos, y somos según pensamos. El ídolo siempre termina por engullir al adorador. Éste se aliena y, como dice el salmista, "Aunque tenga ojos y oídos, ni ve ni oye".

Vivimos demasiado de las apariencias. Lo que importa hoy es vivir de cara a la galería, no ser, sino parecer. Es una total insinceridad de vida. Todo lo tapamos o disimulamos como sea, con tal de parecer íntegro.

Toda entidad personal que se base en la ficción, en el camuflaje, en la apariencia, es una entidad personal que no se tiene en pie. Es importante educar y desarrollar el sentido crítico, para distinguir lo que tiene peso de lo que es pura apariencia, al sabio del listillo de turno, a la verdad de la mentira.

Carta n.º 53

La familia

La familia es la institución educativa primordial. Por tanto, los padres son los primeros educadores de sus hijos: los primeros en el tiempo y en la importancia. Su misión no es sólo engendradora, sino educadora, en su sentido más amplio y a la vez más específico. Es éste un derecho y un deber irrenunciables.

Los padres educan conjuntamente, sobre todo creando un ambiente de afecto y exigencia, los dos elementos que marcan el estilo familiar y, por tanto, de la educación familiar. La filosofía de vida y la convivencia familiar es lo primero que impresiona la personalidad del niño.

Hoy, la psicología moderna da una importancia capital a la *primera educación familiar*, ya desde los primeros días de la vida del niño. En los primeros años no se educa con argumentos de orden racional, sino con intervenciones sucesivas para habituar progresivamente al niño a buscar su bien verdadero y a tener en cuenta los derechos de los demás. Toda la formación inicial, tan importante, se concreta en estos arranques sucesivos. El niño tiende a conservar la cálida atmósfera de afecto, seguridad y exigencia que constituye el amor de los padres.

> "El niño que se sabe querido siente que si se le dirige, es para llevarle a donde debe ir. Se le contraría en algunas cosas y se le hace sufrir, pero siente que el sufrimiento es bueno para él, puesto que viene de alguien que le ama y que quiere su bien". (François Kieffer).

Saber conjugar en la familia amor y exigencia, afecto y renuncia, es básico para crear un ambiente educador.

El mal humor de los padres, la falta de una actitud de continuidad, la cólera y el desacuerdo entre ellos hacen perder al niño la impresión de ser amado y el sentimiento de seguridad.

Iguales efectos producen las desuniones entre los padres. El secreto de una educación normal en la familia se encuentra, en gran

parte, en la armonía existente entre los padres. El problema de los llamados niños difíciles debe resolverse en la familia.

La familia es el lugar donde se educa la afectividad, el desinterés, la gratuidad, la austeridad, el espíritu de iniciativa, el deseo de agradar a los demás. El colegio no hace sino subrayar estos valores de personalización, y ampliarlos en el contexto de una convivencia social más extensa.

El excesivo mimo y la excesiva permisividad en la familia se traducen en actitudes inquietas y caprichosas del niño, en falta de confianza en sí mismo, en ser unos niños "matones" con los demás, en egoísmos, en testarudeces. "La voluntad es tanto más caprichosa cuanto más se hayan satisfecho sus antojos en la familia", decía el marianista Jean-Philippe Lalanne. Guiar con firmeza es el primer mandamiento del educador-padre. Unir afecto y firmeza es el arte de todo educador.

Esta atmósfera de amor y exigencia debe continuar durante todo el período de educación en la familia; y también en el colegio, como continuador de la familia.

La educación familiar no termina nunca: los padres jamás pueden dimitir de su deber-derecho de ser educadores de sus hijos. Las formas deben cambiar, pero no la atmósfera de simpatía, afecto y exigencia familiares.

Los niños y los jóvenes deben ser conscientes de la gran importancia que tiene una familia educadora de sus miembros.

Deben ser corresponsables del ambiente familiar que se crea. De su decisión y deseo de construir familia depende que ésta sea un hogar o un simple lugar de paso.

Carta n.º 54

El erotismo ambiental

Pensar en lo que la sociedad hace con el tema del sexo es pensar en lo que esta sociedad hace con el hombre, con la persona, con el ser humano. Es una invitación a crear una manera de ser del hombre, una manera de estar en la vida, una manera de relacionarse los hombres entre sí.

No todo fue bueno antes en la sociedad y en la educación; pero tampoco todo fue malo. Hoy el sexo ha pasado a primer plano, sobre todo en cantidad. Antes, "la sexualidad parecía casi un error que cometió Dios al crear al hombre". Hoy, el sexo, todo él, está en el escaparate: televisión, publicidad, carteleras, películas..., y a cualquier hora.

Pero no todo ha sido pasar de la "clandestinidad" al escaparate. Sobre todo, ha habido una transformación en la valoración del sexo. Se ha pasado del mensaje "el sexo es malo" a este otro: "goza pero evita los inconvenientes". Malo es el tabú y mala es también la mitificación.

Existe el peligro de que nuestra sociedad promocione un sexo depreciado. Una sexualidad vivida sin más motivación que el goce porque apetece, el goce frívolo y trivial, es rebajarla y hacerle perder su sentido. No es que el ser humano tenga sexo, sino que toda su personalidad está trascendida por su sexo. Una sexualidad sin amor verdadero y sin compromiso es una sexualidad rebajada.

La maduración de la sexualidad humana tiene un precio. La felicidad de una sexualidad bien vivida (en medio de los problemas y dificultades diarios, superando egoísmos, aceptando defectos) cuesta cara, como todo lo valioso.

El alto valor de la sexualidad humana está en considerarla como lenguaje de comunicación entre dos seres humanos. Y esto es lo que está ausente en el mensaje que transmite la situación de erotismo ambiental de nuestra sociedad.

La sexualidad tiene su propia ascética para madurar: capacidad de saber dar y recibir; de renunciar en el momento debido; de poseer

y no ser posesivo; de saber ser feliz; de pensar más en el otro que en uno mismo; de amar y saber ser amado cuando todo va bien y cuando casi todo va mal.

Una sexualidad que sólo es un goce pasajero, sin que haya compromiso en profundidad, aun en parejas legalizadas es una sexualidad depreciada, una sexualidad frívola, que acaba en monotonía e incapacita para una sexualidad en plenitud.

La felicidad no viene porque sí. Ni el matrimonio civil ni el matrimonio religioso son garantía de una realización feliz de la sexualidad. Se trata de una conquista.

Es importante educar a los muchachos de hoy en principios válidos y sólidos. Hay que estudiar con ellos todo el proceso de educación sexual, y ayudarles a vivirlo con serenidad y gozo en la verdad. Tarea difícil del educador, que nunca debe inhibirse de lo importante.

Carta n.º 55

El deporte

La finalidad e importancia educativa del deporte es reconocida y ha sido valorada siempre y en todos los tiempos. El deporte, como el juego, tiene un valor educativo en el triple plano físico, moral y social. Somete al muchacho a una higiene física muy importante a su edad, desarrolla su energía y capacidad de esfuerzo, autodisciplina al que lo practica, educa a convivir y a trabajar en equipo y en comunidad.

La educación deportiva debe, además, tener en cuenta la formación en valores como la lealtad, que prohíbe recurrir a engaños y trampas, la docilidad, la obediencia, la renuncia por el bien del conjunto, la fidelidad a los compromisos, la modestia en los triunfos, la generosidad con los vencidos, la serenidad en la derrota, la paciencia, la justicia...

En su libro *Pedagogía marianista*, el P. Paul Hoffer dice:

> "El deporte y el juego son el descanso y la diversión normales tras el trabajo. Se recrea uno porque ha trabajado y para poder seguir trabajando. El deporte debe estar controlado".

Y añade que en un colegio no debe existir nunca colisión entre el deporte y el estudio. Ambos pueden y deben estimularse mutuamente:

> "No debemos cometer la tontería de exigir el cumplimiento de los castigos justamente en la hora en que el equipo debe jugar"

En algunos colegios marianistas americanos existía la costumbre de entregar a los deportistas este recordatorio-oración para que lo leyeran y reflexionaran antes y después de los partidos:

Antes del juego:

> "Danos, Señor, la nobleza de jugar limpio, el valor de sonreír siempre, la gracia de perder sin desanimamos o de ganar sin vanagloriamos. Queremos jugar bien, gane quien gane"

Después del juego:

"Gracias, Señor, por este partido que hemos jugado y por el espectáculo que hemos ofrecido. Hemos ganado (o perdido), pero sabemos que nuestra verdadera victoria está por encima del éxito o del fracaso"

El "Manifiesto olímpico" del Colegio El Pilar, de Valencia, es una magnífica síntesis de lo que se pretende con el deporte:

"DEPORTE es:

Alegría de vivir.

Deseo de expresarse en libertad.

Encuentro y confrontación con otros.

Convivencia con compañeros.

Factor de maduración humana y de educación moral.

Medio de convivencia, de fraternidad, de paz.

Facilita la relación entre jóvenes.

Un medio excepcional para el cuidado de la salud.

Elimina tensiones propias y ajenas.

Nos ayuda a formamos mejor.

Difunde amistad y confianza entre todos.

Está a nuestro servicio, y no nosotros al servicio de él.

Lugar de encuentro leal y generoso.

Vínculo de solidaridad y amistad.

El deporte es cultura.

La competición debe desarrollarse en un clima de corrección.

PROCLAMAMOS:

Hacer propios los principios y los valores espirituales contenidos en el presente "Manifiesto", para que el deporte sea para nosotros y para nuestro colegio un instrumento efectivo de formación, de alegría y de paz.

El deporte en el colegio no debe ser algo anecdótico. Hay que favorecerlo, y aprovecharlo para motivar y educar en valores importantes a los alumnos.

Carta n.º 56

Educar-educarse

Todos tenemos dentro de nosotros una fuente inmensa y poco explotada de creatividad, de energía, de posibilidades que en la mayoría de los casos se quedan sin aprovechar. Educar es ayudar a sacar partido de ese riquísimo filón de oro que hay dentro de cada ser humano.

La vida de la persona está siempre jalonada de éxitos y fracasos. Pero el éxito en educación no se mide por los resultados espectaculares, sino por el trabajo constante y la ilusión mantenida a pesar de todo. Seguir adelante aun en medio de reveses y dificultades es una sabiduría que hay que inculcar a los educandos.

¡Qué importante es infundir al muchacho el valor necesario para aceptar las adversidades, los sufrimientos y esfuerzos necesarios para continuar la carrera de su crecimiento personal! También es importante enseñarle a ser fiel a sí mismo, a desarrollar sus posibilidades y a confiar en sí mismo.

Escribía el Maestro Eckart:

> "Las personas deberían pensar menos en lo que deben hacer y más en lo que deben ser. Si su ser fuese bueno, sus obras sobresaldrían brillantemente".

Educar es ayudar a que la persona se encuentre a sí misma y sea capaz de presentarse tal cual es. "La base del arte de la educación es el arte de ser. "Ningún hombre alcanza nunca su verdadero yo hasta que su ser es mejor (Montaigne).

La educación debe estar más centrada en el alumno, para ayudarle a ser, que en los contenidos, en el maestro o en los métodos. Tenemos demasiada instrucción pero poca educación.

La educación debe comenzar en el interior del individuo. Educar no es añadir nada a la personalidad. La verdadera educación es desplegar el potencial íntimo del hombre y respetar sus cualidades, hacerlas aflorar.

Saturar de conocimientos, de habilidades al muchacho es ayudarle a que valga profesionalmente, pero no es enseñarle a que sea un hombre, una mujer.

Educarse es tarea de toda la vida. El hombre se encuentra siempre en una etapa de aprender y mejorar. Enseñar al niño que tiene que aprender a aprender es lo más importante en educación. Motivarle a que intente mejorarse cada día es un excelente servicio educativo.

Carta n.º 57

Educar para amar

Las soluciones políticas no resuelven los problemas personales. No basta con cambiar las estructuras para cambiar al hombre. Hay que tomarse en serio la eficacia del amor, que es lo que puede transformar al hombre desde su raíz. Aprender a amar, educar para amar, educar amando, ésa es la clave de toda tarea educativa eficaz.

Ernesto Cardenal ha escrito un espléndido libro de contemplación titulado Vida en el amor. Dice que toda la vida es fruto de un inmenso amor, de un compartir constante. Hasta cuando un animal devora a otro está restableciendo el equilibrio ecológico. Todo es amor. Sólo tiene verdadera identidad y verdadera relevancia el hombre que ama y que comparte.

Hay que educar a los niños y adolescentes en este amor de todos los días y a todos, que nos lleva a compartir pacientemente lo que somos y lo que podemos dar.

En este tema, sin desestimar la misión formadora de los colegios, éstos tienen menos que enseñar, a no ser en el plano ideológico y en actitudes de compañerismo y servicio. Es el hogar, la familia, quien tiene la mayor responsabilidad. La familia es una escuela de amor y de gratuidad si vive profundamente su vocación familiar. Es el lugar primordial donde se enseña a amar y a compartir, y donde se enseña eso prácticamente.

Muchos padres dedican, desgraciadamente, poco tiempo a amar a sus hijos y a dejarse amar por ellos. Tienen demasiadas cosas que hacer, y olvidan la más importante: enseñar a amar. Los hijos deben ver cómo el padre y la madre comparten su tiempo y sacan tiempo para dedicarse a sus hijos.

Se enseña a amar aprovechando los sucesos de cada día, las cosas que se ven. No hay que reírles a los niños y adolescentes sus gracias de picardía egoísta, ni tenerlos por inteligentes cuando astutamente se salen con la suya en perjuicio de los demás o retiran el hombro a los trabajos de la casa.

Todo esto es aplicable al colegio en las relaciones profesor-alumno y en las relaciones de los alumnos entre sí. La educación para el amor es una educación para la generosidad. El amor verdadero se asienta en la base más profunda de la generosidad compartir, dar y recibir; pero sin pasar factura.

INDICE TEMATICO

Acción educativa personalizada 1, 23, 40, 41
Adaptarse a la situación: 7
Amor: 24, 38, 57
Aprender: 22
Atención: 17
Autocrítica: 10
Autodisciplina: 51
Autoestima: 45
Autoridad: 8, 35, 36
Católicos (y la educación): 37
Chaminade: 14
Consumismo: 52
Colegio marianista: 4
Dejar ser: 42
Deporte: 55
Diálogo: 12, 13
Educación integral: 2
Educar hoy: 26, 56
Erotismo: 54
Escuchar: 50
España: 37
Espíritu de familia: 5
Evaluación: 10, 21
Familia: 53.
Felicidad: 46
Hombre: 48.
Interioridad: 32
Juventud: 25,28
Libertad: 29, 30, 33, 34, 38, 39
María: 18
Nuevo curso: 20
Pedagogía activa: 21
Persona: 1, 23, 32, 40, 41
Progresar: 22
Relación educativa: 11, 23
Relación personal profesor-alumno: 23
Rendimiento escolar: 49
Respeto a la persona del alumno: 6, 32.
Sentido de la vida: 47
Sociedad: 28, 37
Tutoría: 19 Valores: 15, 16, 25, 27
Verdad: 9, 31, 39, 43, 44